

Guía Espiritual

*Que libera al alma y la conduce por el camino interior para
alcanzar la perfecta contemplación y el valioso tesoro de la paz
interior*

**Por el Doctor Miguel de Molinos,
Presbítero**

Publicado por el R. P. Fray Juan de Santa María,
Ministro Provincial de la Provincia de San Pedro de Alcántara
del Reino de Nápoles,
de la Orden de los Religiosos Menores de San Francisco

En Roma,
Por Miguel Hércules. Año 1675.

Con licencia de los superiores.

© Gonzalo García Olagorta 2025

Traducción al español moderno, prólogo, notas y edición:

Gonzalo García Olagorta (Gongarola)

Independently published

www.gongarola.com

ISBN: 9798292660682

Reservados todos los derechos de la traducción, del prólogo y de las notas.

Sin embargo, se autoriza el uso de buena fe de fragmentos significativos de esta obra como referencias en otras producciones editoriales o para su libre difusión con fines pedagógicos. En tal caso, se agradece la cortesía de mencionar la fuente.

Lo único que no se permite es copiar y comercializar o difundir en un único documento la totalidad de la obra o sus diferentes partes en ningún soporte.

ÍNDICE

Guía Espiritual.....	3
ÍNDICE.....	5
PRÓLOGO	7
MOLINOS Y NORIEGA	14
MOLINOS y UCDM	19
Guía Espiritual.....	23
PREFACIO	25
APROBACIONES	28
INTRODUCCIÓN	29
PROEMIO.....	35
ADVERTENCIA I.....	35
ADVERTENCIA II	37
ADVERTENCIA III	40
ADVERTENCIA IV.....	43
LIBRO PRIMERO	47
INTRODUCCIÓN AL LIBRO PRIMERO	49
TEMAS CLAVE EN EL LIBRO PRIMERO	50
CAPÍTULO I	53
CAPÍTULO II	57
CAPÍTULO III	61
CAPÍTULO IV	64
CAPÍTULO V	69
CAPÍTULO VI	73
CAPÍTULO VII	76
CAPÍTULO VIII	78
CAPÍTULO IX	81
CAPÍTULO X	83
CAPÍTULO XI	86
CAPÍTULO XII	91
CAPÍTULO XIII.....	95
CAPÍTULO XIV	101
CAPÍTULO XV	103
CAPÍTULO XVI	107
CAPÍTULO XVII	112
LIBRO SEGUNDO	117
INTRODUCCIÓN AL LIBRO SEGUNDO	119
TEMAS CLAVE EN EL LIBRO SEGUNDO	120
CAPÍTULO I	123
CAPÍTULO II	126
CAPITULO III	130
CAPÍTULO IV	132
CAPITULO V	135

CAPITULO VI	138
CAPÍTULO VII.....	143
CAPITULO VIII.....	146
CAPITULO IX.....	149
CAPÍTULO X.....	152
CAPÍTULO XI.....	155
CAPÍTULO XII.....	158
CAPÍTULO XIII	162
CAPÍTULO XIV.....	164
CAPÍTULO XV	168
CAPÍTULO XVI.....	172
CAPÍTULO XVII.....	176
CAPÍTULO XVIII	178
LIBRO TERCERO	181
INTRODUCCIÓN AL LIBRO TERCERO	183
TEMAS CLAVE EN EL LIBRO TERCERO	184
CAPÍTULO I.....	186
CAPÍTULO II.....	189
CAPÍTULO III	193
CAPÍTULO IV	197
CAPÍTULO V	201
CAPÍTULO VI	206
CAPÍTULO VII.....	209
CAPÍTULO VIII	213
CAPÍTULO IX.....	217
CAPÍTULO X.....	220
CAPÍTULO XI.....	224
CAPÍTULO XII.....	228
CAPÍTULO XIII	232
CAPÍTULO XIV.....	234
CAPÍTULO XV	237
CAPÍTULO XVI.....	241
CAPÍTULO XVII.....	245
CAPITULO XVIII	248
CAPÍTULO XIX.....	252
CAPÍTULO XX.....	256
CAPÍTULO XXI.....	260
CAPÍTULO XXII	264
REFLEXIÓN SOBRE LA OBRA EN SU CONJUNTO	267
Obras del mismo autor	269

PRÓLOGO

Quizás lo primero que debo explicar son las razones que me han llevado a emprender esta obra, que contiene la traducción al español moderno de la *Guía Espiritual* de Miguel de Molinos y abundantes comentarios sobre cada uno de sus capítulos. Lo primero que me sorprendió al leerla fue la profundidad y perspicacia del autor para describir los estados mentales a los que se enfrenta toda persona en la búsqueda espiritual, identificar sus dificultades y proponer soluciones, técnicas y métodos para manejar una mente que se ha propuesto el altísimo objetivo de llegar a Dios.

Tanto tú como yo, querido lector, pertenecemos a un contexto cultural muy diferente al de Molinos y, sin embargo, nuestra mente es la misma que la suya: opera de la misma manera y se enfrenta a idénticas dificultades cuando decide seguir el camino del misticismo.

En mi opinión, Molinos fue un gran maestro espiritual y tiene mucho que enseñarnos. Sin embargo, es evidente que su enseñanza debe ser traducida y adaptada a nuestro entorno cultural, pues de otro modo corre el riesgo de ser rechazada, perdiéndose así la oportunidad de beneficiarse de todo lo bueno que contiene. Esta es la razón por la que he emprendido una lectura crítica de su obra, que espero te resulte útil.

Miguel de Molinos, una figura enigmática del siglo XVII, nos invita a adentrarnos en el misterioso y profundo camino de la contemplación interior. Nacido en 1628 en Muniesa, un pequeño pueblo de Aragón, España, Molinos se formó en teología en Valencia, donde también ejerció como sacerdote. Su formación en Valencia fue rigurosa y exhaustiva, destacándose en filosofía y teología escolástica, lo cual le proporcionó una sólida base intelectual para sus posteriores enseñanzas espirituales. Durante su tiempo en Valencia, Molinos fue muy apreciado por su habilidad como consejero espiritual, guiando a quienes buscaban profundizar en su vida interior.

Tras su éxito en Valencia, Molinos se trasladó a Roma, donde ganó popularidad como director espiritual. Allí, Molinos se relacionó con importantes figuras del clero y encontró un entorno en el que su mensaje místico podía resonar entre aquellos que buscaban una vida espiritual más profunda y auténtica. Fue en Roma donde comenzó a consolidar su filosofía de la quietud y la entrega, alejándose de las

prácticas externas y rituales y enfocándose en la experiencia directa del alma con lo divino. Su obra más conocida, la *Guía Espiritual*, publicada en 1675, se convirtió rápidamente en un referente esencial del misticismo cristiano, aunque también fue motivo de controversia.

La popularidad de la *Guía Espiritual* atrajo tanto a seguidores fervorosos como a críticos. Molinos abogaba por una espiritualidad interior, enfocada en la quietud y la entrega total a Dios, lo cual chocaba con las estructuras eclesiásticas tradicionales que enfatizaban las prácticas externas y los sacramentos. Esta postura radical en favor de la contemplación pura le valió la sospecha de sectores influyentes dentro de la Iglesia Católica. Los detractores de Molinos, entre los que se encontraban teólogos conservadores y miembros de la jerarquía eclesiástica, temían que su mensaje debilitara la autoridad de la Iglesia y promoviera un tipo de espiritualidad que no necesitaba mediación institucional. Algunos incluso consideraban sus enseñanzas como un ataque directo a los fundamentos de la Iglesia, ya que restaban importancia a los sacramentos, las penitencias y la obediencia a los líderes eclesiásticos.

Entre sus críticos más vehementes se encontraba el jesuita Paolo Segneri, un influyente predicador que se opuso públicamente a las ideas de Molinos, acusándolo de herejía y de llevar a los fieles por un camino de apatía espiritual. Segneri y otros detractores argumentaban que el enfoque de Molinos sobre la pasividad espiritual podría conducir a una peligrosa indiferencia hacia las obligaciones religiosas y morales. Esta oposición creció rápidamente, ganando el apoyo de poderosos miembros de la Iglesia que veían en el quietismo una amenaza para el control doctrinal y el orden eclesiástico.

En 1685, Molinos fue acusado formalmente de herejía. La Inquisición inició un proceso inquisitorial en su contra, que culminó en su arresto en 1687. El proceso inquisitorial contra Molinos fue extenso y meticuloso. Durante los interrogatorios, Molinos fue presionado a renunciar a sus enseñanzas, que fueron calificadas de peligrosas y heréticas. Sus obras fueron sometidas a un riguroso escrutinio, y pronto fue señalado como representante del llamado “quietismo”, una corriente que, según sus detractores, desalentaba la acción espiritual y relegaba a un segundo plano tanto los sacramentos como las obras piadosas. A pesar de las presiones, Molinos se mantuvo firme en muchos de sus principios, aunque finalmente, ante la amenaza de mayores represalias, se vio obligado a retractarse públicamente. Fue condenado a cadena perpetua y pasó el resto de su vida en prisión, donde continuó defendiendo sus creencias en silencio hasta su muerte en 1696.

Desde mi experiencia como estudioso y comentarista de la obra de santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz —cuyos escritos he editado y publicado también con profundidad exegética— no deja de sorprenderme el contraste entre su canonización y la condena de Molinos. Los tres comparten una visión profundamente interior de la vida espiritual, centrada en la entrega, la aniquilación del ego y la unión directa con Dios. Sin embargo, mientras que Teresa y Juan fueron proclamados santos y doctores de la Iglesia, Molinos fue perseguido y silenciado. Esta paradoja invita a una reflexión crítica sobre los límites que las instituciones imponen a la libertad espiritual, y sobre cómo el contexto histórico, político y teológico puede llevar a sancionar como herética una enseñanza que, en otro marco, habría sido venerada.

No es difícil encontrar razones que ayuden a explicar estos desenlaces tan dispares. Teresa y Juan vivieron en el siglo XVI, un periodo en el que la reforma católica impulsada por el Concilio de Trento buscaba no solo combatir la herejía protestante, sino también renovar y profundizar la vida espiritual dentro del catolicismo. En ese contexto, la espiritualidad intensa y radicalmente interior de estos místicos fue acogida como un testimonio de santidad que reforzaba, en lugar de cuestionar, la autoridad de la Iglesia. Ambos fueron obedientes a sus superiores, hábiles en su forma de escribir —especialmente Teresa, que supo dosificar sus audacias místicas con gestos de humildad y sumisión— y murieron dentro del seno de una Iglesia que aún no había cerrado del todo la puerta a las grandes voces inspiradas que desbordaban los cauces doctrinales sin quebrarlos.

Molinos, en cambio, fue una figura de finales del siglo XVII, cuando el clima eclesial era mucho más rígido y defensivo. La Iglesia, tras enfrentar las fracturas provocadas por el protestantismo, se había vuelto más desconfiada frente a cualquier forma de experiencia religiosa que pusiera en cuestión la autoridad clerical, la eficacia de los sacramentos o la importancia de las obras. En ese contexto, la propuesta de Molinos —aunque no difiriera en lo esencial de la vía negativa de san Juan o del abandono radical de Teresa— fue percibida como una amenaza. El hecho de que sus enseñanzas se difundieran entre laicos y clérigos sin necesidad de dirección sacerdotal, y de que su influencia creciera especialmente en ambientes ilustrados o críticos con el poder eclesiástico, terminó por sellar su destino.

También cabe considerar un factor más sutil, pero no menos importante: el carisma personal y el relato posterior. Teresa y Juan dejaron un legado envuelto en una aureola de santidad que fue cuidadosamente recogido, custodiado y promovido por sus respectivas órdenes religiosas. En cambio, Molinos fue abandonado tras su condena, su figura desdibujada y su memoria asociada a una etiqueta peyorativa: «quietismo». La historia la escriben quienes vencen o, al menos, quienes

sobreviven con voz institucional. Y Molinos fue silenciado antes de poder construir un relato propio que pudiera sobrevivir a la condena.

Por todo ello, al volver sobre su obra, no solo nos enfrentamos a una joya espiritual injustamente relegada, sino también a una oportunidad para revisar los mecanismos históricos que determinan qué voces son elevadas como ortodoxas y cuáles son sepultadas bajo el peso de la sospecha.

A pesar de la persecución, las ideas de Molinos lograron ejercer una notable influencia tanto en su tiempo como en los siglos posteriores. Durante el siglo XVII, sus enseñanzas encontraron eco entre varios seguidores en Italia, España y Francia, especialmente entre quienes buscaban una experiencia más íntima y menos ritualista de la espiritualidad. El movimiento quietista se extendió a pesar de las condenas eclesiásticas, inspirando a místicos y buscadores espirituales que veían en la obra de Molinos una puerta hacia una relación más directa y personal con Dios.

La influencia de Molinos también puede ser entendida en el contexto de otros pensadores contemporáneos suyos. En particular, se puede establecer un paralelo entre las ideas de Molinos y las de Jean-Jacques Olier, fundador de la Sociedad de San Sulpicio, quien también buscaba una experiencia más profunda de la fe a través de la oración interior y el desapego de las prácticas ritualistas externas. Aunque Olier se mantuvo dentro de los márgenes aceptables para la Iglesia de su tiempo, compartía con Molinos la creencia en la importancia de la vida interior. De manera similar, Madame Guyon, una mística francesa y gran exponente del quietismo, fue profundamente influenciada por las ideas de Molinos. Guyon también fue perseguida por sus enseñanzas, que al igual que las de Molinos, promovían una unión directa con Dios sin la mediación del clero.

Otro pensador que puede ser relacionado con Molinos es Blaise Pascal, el célebre matemático y filósofo francés. Aunque Pascal no era un místico en el sentido estricto, compartía la idea de que la relación con Dios debía estar fundada en una entrega total y una fe profunda, alejándose de la formalidad y el racionalismo que caracterizaban a muchos en su época. Los escritos de Pascal sobre la humildad y la nada del ser humano frente a la grandeza divina guardan cierto paralelismo con la noción de entrega radical que Molinos defendía. Ambos rechazaban el orgullo intelectual y abrazaban una espiritualidad más auténtica y humilde.

Las técnicas contemplativas de Molinos también presentan notables similitudes con algunas prácticas de origen oriental. Por ejemplo, el sufismo, la rama mística del islam, comparte con Molinos la búsqueda de la unión directa con lo divino

a través del desapego del ego y la meditación profunda. Los sufíes practican el *dhikr*, la repetición constante del nombre de Dios, como una forma de alcanzar un estado de quietud y conexión espiritual, similar al abandono interior propuesto por Molinos. Ambas tradiciones enfatizan la importancia de la entrega total a la voluntad divina y la experiencia directa de lo sagrado, dejando de lado las estructuras y rituales más formales.

En el hinduismo, la práctica del *jñāna yoga* también guarda resonancias con la filosofía de la quietud de Molinos. El *jñāna yoga* se enfoca en el conocimiento interior y la disolución del ego a través de la introspección y la contemplación, elementos que son fundamentales en las enseñanzas de Molinos. Al igual que Molinos, los practicantes de *jñāna yoga* buscan trascender el yo individual para experimentar la unión con la realidad divina. La noción de desapego de los deseos y la entrega a una realidad superior es un punto común entre ambas tradiciones.

En el budismo, especialmente en el zen, se puede encontrar otra similitud significativa. La meditación zen (*zazen*) enfatiza el estado de simplemente ser, la observación sin juicios y el vaciamiento de la mente, conceptos muy cercanos al ideal de quietud y entrega de Molinos. La práctica del zen busca trascender el pensamiento racional y alcanzar un estado de presencia pura, algo que también subyace en la obra de Molinos, quien instaba a sus seguidores a suspender el juicio y las expectativas para alcanzar la unión con Dios.

En el budismo tibetano, la práctica del *mahamudra*, que implica el reconocimiento de la naturaleza de la mente y la entrega a la experiencia directa del presente, también encuentra ecos en la filosofía de Molinos. La idea de dejar ir toda intención y simplemente experimentar la realidad sin apegos es un aspecto compartido por ambas enseñanzas. Esta entrega sin reservas, en la cual se renuncia al control del ego, es un núcleo común tanto en el *mahamudra* como en las enseñanzas de Molinos.

En los siglos posteriores, la influencia de Molinos se percibió de manera más sutil pero persistente. Su pensamiento influyó en movimientos posteriores de renovación espiritual que abogaban por una conexión directa con lo divino, tales como el pietismo y, en menor medida, el metodismo. Incluso en el siglo XX, las enseñanzas de Molinos encontraron eco en escritores y teólogos interesados en la mística y la espiritualidad interior, como Thomas Merton, quien reconoció la importancia de la contemplación y la entrega total como un camino hacia la transformación interior.

Asimismo, la obra de Molinos puede verse como precursora de ciertos enfoques modernos de la espiritualidad que valoran el silencio, la meditación y la búsqueda de una conexión directa con el ser interior. Aunque la Iglesia condenó oficialmente el quietismo, muchos de los elementos de su filosofía encontraron su lugar en la corriente principal de la espiritualidad cristiana contemporánea, especialmente en prácticas contemplativas y de meditación que siguen siendo relevantes hoy en día.

Sus enseñanzas, a menudo incomprendidas e incluso perseguidas, contienen una sabiduría esencial para quien busca una conexión genuina con lo divino. En un mundo donde el ruido y la distracción dominan nuestras vidas, la voz de Molinos se alza como un susurro sereno que nos recuerda la importancia de la quietud y del silencio interno.

Conviene destacar que la Iglesia Católica, como institución, mantiene una postura crítica hacia Miguel de Molinos debido a su asociación con el quietismo. En 1687, el Papa Inocencio XI condenó 68 proposiciones extraídas de las enseñanzas de Molinos en la bula *Coelestis Pastor*, calificándolas de heréticas y erróneas. Desde entonces, la Iglesia ha considerado sus enseñanzas como desviaciones doctrinales.

Aunque algunos estudiosos contemporáneos han revaluado la figura de Molinos, reconociendo su influencia en la espiritualidad mística, la posición oficial de la Iglesia Católica permanece inalterada. Sus doctrinas siguen siendo vistas como incompatibles con la ortodoxia católica, y su figura se asocia con enseñanzas que la Iglesia considera erróneas.

Hasta la fecha, la Iglesia Católica no ha emitido una disculpa oficial ni ha reconocido un error en la detención, tortura y encarcelamiento de por vida de Miguel de Molinos.

La obra que tienes en tus manos es una guía hacia ese espacio de paz interior, una invitación a suspender el juicio y las expectativas, y simplemente ser. A través de sus palabras, Molinos nos insta a abandonar el ego y a entregarnos a la voluntad divina, un acto de humildad radical que desafía nuestra comprensión moderna de la autonomía y el control. En sus enseñanzas, encontramos un eco de otras grandes corrientes espirituales, pero también una voz única que hace suya la paradoja de la entrega: perderse para encontrarse.

Esta traducción que presento busca capturar la esencia de la prosa de Molinos, adaptándola al lenguaje contemporáneo sin perder la profundidad mística original. He incluido, además, notas complementarias que ofrecen un contexto histórico y

psicológico, facilitando al lector la comprensión de conceptos que, aunque universales, pueden resultar lejanos para la mentalidad del siglo XXI.

Quizás sorprenda que en esta *Guía Espiritual*, el autor se dirige al lector en femenino debido a la tradición mística que personifica al alma como una figura femenina. Esta representación se basa en la concepción del alma como la "esposa" en su relación con Dios, el "esposo", siguiendo la simbología del *Cantar de los Cantares* y otras tradiciones místicas. Al emplear el género femenino, Molinos enfatiza la receptividad y la entrega del alma en su búsqueda de la unión divina. Esta práctica es común en la literatura mística, donde el alma se describe como una entidad femenina que anhela la unión con lo divino.

Los comentarios en cada capítulo de esta obra tienen un carácter eminentemente pedagógico. Su objetivo es clarificar y reiterar las ideas principales presentadas, de modo que el lector tenga una segunda oportunidad para reflexionar sobre ellas y asimilarlas; su carácter repetitivo es intencionado. En los comentarios se repiten las ideas principales de ese capítulo para que el lector se relacione con ellas dos veces. Estos comentarios también aportan contexto histórico, explicando las influencias y el entorno en el que fueron concebidas las enseñanzas de Molinos, lo cual facilita una comprensión más profunda. Además, incluyen referencias a otros autores y tradiciones espirituales, estableciendo conexiones que enriquecen la perspectiva del lector y destacan la universalidad de ciertas experiencias místicas. Así, cada comentario no solo guía la interpretación del texto, sino que también invita a un diálogo con otras corrientes y visiones espirituales, ampliando el horizonte y ofreciendo una lectura reflexiva y fundamentada.

En esta edición de la *Guía Espiritual* de Miguel de Molinos, he incorporado numerosos comentarios basados en *Un Curso de Milagros*, sistema de pensamiento al que he dedicado décadas de estudio y práctica. Todas las citas de *Un Curso de Milagros* incluidas en esta obra provienen de mi propia traducción del curso, lo que garantiza una coherencia y fidelidad en la interpretación de sus enseñanzas.

Espero que esta versión modernizada permita a los lectores de hoy sumergirse plenamente en las enseñanzas de Miguel de Molinos, apreciando tanto su sencillez como su profundidad. Que esta obra sea, para cada uno, una puerta abierta a la contemplación y a la paz interior que tan desesperadamente buscamos en nuestros tiempos modernos.

MOLINOS Y NORIEGA

Miguel de Molinos y su *Guía Espiritual* han suscitado pasiones y controversias a lo largo de los siglos. La obra, escrita en el siglo XVII, pone de manifiesto una visión radical del cristianismo que sacudió las bases del pensamiento ortodoxo de la época y que, incluso hoy, nos enfrenta a preguntas y dilemas que trascienden la historia. En 1977, Santiago González Noriega nos ofrecía una profunda crítica de esta obra que sirve, no solo como comentario erudito, sino también como un puente entre los lectores contemporáneos y el complejo mundo interior de Molinos. (González Noriega, Santiago. *Prólogo a la Guía Espiritual de Miguel de Molinos*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1977).

En este prólogo, Noriega aborda las principales ideas de Molinos, destacando los dos caminos del cristianismo y la radical propuesta del quietismo como una experiencia extrema de la fe. Me ha parecido interesante introducir en esta obra la interesante contribución de Noriega. Vamos a adentrarnos en esta crítica y analizarla en detalle.

La dualidad de caminos en el cristianismo

Santiago González Noriega comienza su análisis describiendo las dos rutas posibles en el cristianismo: la vía externa y la vía interna. La vía externa, representada por la teología, se basa en conocer a Dios a través de sus obras, a través de la naturaleza y de los símbolos que la Iglesia ofrece a los fieles. Es un camino en el que las enseñanzas eclesíásticas y la comunidad de creyentes juegan un papel esencial, buscando cohesión y certezas. Por otro lado, se encuentra la vía interna: la mística. Este camino es íntimo, subjetivo y personal. Para los místicos, la relación con Dios es una experiencia directa, una búsqueda de unión que no siempre se puede expresar con palabras. En lugar de argumentos racionales, la mística propone un saber que apenas puede compartirse y que a menudo desafía la lógica convencional.

González Noriega destaca cómo Molinos se sitúa firmemente en esta segunda vía, presentándonos una experiencia de la fe que es radicalmente privada y que rehúye cualquier intervención especulativa. Esta postura lo llevará a un enfrentamiento inevitable con la ortodoxia, que, según Noriega, veía en la obra de Molinos una amenaza para la coherencia institucional y la estabilidad espiritual del creyente común.

La dialéctica de las dos voluntades: Renunciando al "yo"

Un punto clave en la crítica de Noriega es la exploración de la "dialéctica de las dos voluntades" que plantea Molinos. Aquí se enfrenta la voluntad humana con la voluntad divina. Para Molinos, la verdadera libertad del alma se alcanza al aniquilar la voluntad propia, dejando que sea solo la voluntad de Dios la que guíe todos los actos del ser humano. Esta sumisión absoluta implica la renuncia más extrema: el ser humano debe dejar de lado todo lo que lo hace independiente y rendirse por completo ante la voluntad divina.

Noriega subraya cómo este enfoque resulta profundamente subversivo. En una época en la que la Iglesia proclamaba el valor de la voluntad y la responsabilidad personal en la salvación, Molinos invita al místico a desaparecer, a fundir su "yo" en la totalidad divina. Según Noriega, esta perspectiva es tan desafiante porque presenta un cristianismo que deja poco margen para la razón o la acción personal, algo que choca frontalmente con la tradición especulativa que había caracterizado a la teología durante siglos.

La relación del alma con el Otro: Dios en el silencio

En la segunda parte de su prólogo, Noriega ahonda en la relación entre el alma y "el Otro", es decir, Dios. Esta relación se caracteriza por la paradoja de la presencia de Dios en el alma en forma de ausencia y silencio. Molinos describe una unión que no se percibe con los sentidos, sino que solo puede ser comprendida a través de la fe. Según Noriega, la propuesta de Molinos es extremadamente radical: Dios está presente en el alma, pero de una manera que no puede verse ni sentirse. La comunicación entre el alma y Dios es un "coloquio silencioso", donde las respuestas de Dios se manifiestan en el silencio y el alma debe aprender a reconocer esta respuesta sin palabras.

González Noriega destaca que este aspecto del pensamiento de Molinos se encuentra en abierto contraste con la teología tradicional y con la religiosidad popular, que busca signos tangibles y respuestas claras. Para Molinos, el silencio es la prueba más clara de la presencia divina, y esta ausencia de certezas sensoriales es lo que define el verdadero acto de fe. Noriega señala que esta es una visión valiente y profunda, pero también extremadamente difícil de aceptar para la mayoría de los creyentes, ya que implica vivir con la incertidumbre y confiar plenamente en lo invisible.

Dualismo y no-dualismo: Enfrentamiento de perspectivas

Es importante resaltar, como sugiere González Noriega, que lo que está en juego en la obra de Molinos no es solo un enfoque radical de la mística, sino también una tensión filosófica más profunda entre el dualismo y el no-dualismo. Mientras que la postura tradicional de la Iglesia y la teología es fundamentalmente dualista —es decir, reconoce una clara separación entre el ser humano y Dios, así como entre el alma y el mundo material—, Molinos adopta una visión más no-dualista que permea toda su Guía Espiritual.

El no-dualismo sostiene que, en última instancia, no existen divisiones reales entre el ser individual y la totalidad divina. Molinos considera que tanto el mundo como el "yo" del individuo son ilusorios y carecen de verdadera sustancia frente a la realidad absoluta de Dios. Por ello, el desprecio que Molinos muestra hacia el mundo y hacia el propio sujeto que intenta la unión con Dios no es sino el rechazo de aquello que es efímero e irreal. Para Molinos, el mundo material y la identidad personal son barreras que deben ser trascendidas, porque impiden al alma llegar a la esencia de lo divino, que es la única realidad genuina.

Históricamente, esta perspectiva no-dualista se puede observar también en otras tradiciones místicas y filosóficas. En la filosofía oriental, por ejemplo, encontramos exponentes del no-dualismo en el Vedanta Advaita de la India, especialmente en la figura de Adi Shankara, quien defendió que el yo individual es una ilusión y que solo la unidad con Brahman, el principio absoluto, constituye la verdad última. De manera similar, en el budismo zen, se enfatiza la superación de la dualidad entre el yo y el universo, promoviendo una disolución del ego para alcanzar la iluminación. En la mística occidental, algunos pensadores como Meister Eckhart también rozaron el no-dualismo al hablar de la necesidad de "dejar a Dios por Dios", refiriéndose a trascender la concepción dual de Dios como un ser separado del ser humano.

Molinos, en este sentido, se sitúa dentro de esta tradición no-dualista, aunque de una manera profundamente cristiana y, al mismo tiempo, polémica. Su negación de la voluntad propia y del valor del mundo es, según Noriega, una expresión de esta visión que ve todas las manifestaciones terrenales como sombras de una realidad más profunda e inefable. La propuesta de Molinos invita a los lectores a despojarse de la ilusión de la dualidad, a trascender la división entre el alma y Dios, y a encontrar la verdad en la aniquilación del yo. Es aquí donde radica, quizás, el mayor desafío de la obra de Molinos: su llamado a la desaparición del ego como un medio para alcanzar la verdad última.

Humillación y culpabilidad: La relación con Dios según Molinos

Otro de los puntos fundamentales que aborda Noriega es el concepto de humillación en la relación del alma con Dios. Para Molinos, la humillación es una forma de mantener viva la conciencia de la propia indignidad frente a la infinitud divina. El alma debe ser consciente de su pequeñez y de su miseria ante Dios, y este acto de humillación constante es lo que garantiza la distancia necesaria entre el ser humano y el Creador.

Santiago González Noriega enfatiza cómo esta visión convierte la relación con Dios en algo profundamente asimétrico, donde el alma nunca puede esperar ser digna de Dios. Este sentimiento de eterna culpabilidad y humillación genera una visión pesimista del ser humano, donde la salvación parece depender de la anulación completa de cualquier voluntad o deseo personal. Noriega señala que, a diferencia de otros místicos como San Juan de la Cruz, para quienes la unión con Dios es un acto de amor cada vez más profundo, en Molinos esta unión se reduce a una humillación constante, una renuncia perpetua al "yo" que impide cualquier posibilidad de gozo pleno.

El Quietismo: Renuncia a la vida terrenal

Finalmente, Noriega analiza la postura de Molinos hacia la vida terrenal. El quietismo molinosista supone una renuncia total a cualquier intervención en el mundo, una entrega absoluta al curso de la voluntad divina sin intentar modificar o intervenir en la realidad. Molinos propone una pasividad extrema, una especie de "muerte en vida" donde el místico espera la muerte física como el momento en que podrá unirse definitivamente con Dios.

Para Noriega, esta postura resulta profundamente problemática. La vida terrenal, tal como la describe Molinos, se convierte en un mero tránsito, una espera pasiva de la muerte que deja al místico aislado y sin propósito dentro de la comunidad de los fieles. Noriega ve en esta renuncia a la acción un elemento autodestructivo que niega el valor de la existencia humana en el mundo y que convierte al ser humano en un "cadáver viviente" sin voluntad ni deseo alguno.

Conclusión: Una visión radical y desafiante

En su crítica, Santiago González Noriega no solo nos ofrece un análisis de las ideas de Miguel de Molinos, sino que también nos invita a reflexionar sobre los límites y posibilidades de la experiencia espiritual. La Guía Espiritual es una obra profundamente desafiante, que cuestiona muchas de las creencias más establecidas sobre la fe, la libertad y la relación con Dios. La propuesta de Molinos, según

Noriega, es la de un cristianismo llevado al extremo, donde la aniquilación del "yo" se convierte en la única vía posible hacia la unión con lo divino.

Noriega nos recuerda que este es un camino que pocos están dispuestos a recorrer, ya que implica una renuncia total no solo al mundo, sino también a la propia identidad y al deseo. Sin embargo, en esta visión tan extrema también hay una valentía y una coherencia que resulta fascinante y que, sin duda, sigue atrayendo a aquellos que buscan una experiencia radicalmente pura de la fe.

Con este prólogo, Santiago González Noriega consigue tender un puente entre la voz de Molinos y los lectores modernos, ayudándonos a comprender mejor los dilemas y las enseñanzas de esta obra tan compleja. La Guía Espiritual sigue siendo, gracias a su lectura, un desafío a nuestra manera de entender el mundo y de vivir la relación con lo divino. Noriega, con su estilo cercano y reflexivo, nos invita a acercarnos a Molinos con una mente abierta, dispuestos a cuestionar, y tal vez, a dejarnos desafiar.

MOLINOS y UCDM

Reflexionar sobre las semejanzas y diferencias entre la *Guía Espiritual* de Miguel de Molinos y *Un Curso de Milagros* abre un espacio fascinante de entendimiento entre dos enfoques místicos que, pese a la distancia temporal y a sus contextos religiosos, comparten una misma orientación: la búsqueda de la paz interior y la entrega total. Aunque parten de principios y metodologías distintas, ambos coinciden en señalar al ego como el obstáculo fundamental y proponen su trascendencia como vía hacia la unión con lo divino.

La *Guía Espiritual* de Molinos, enraizada en el cristianismo del siglo XVII, defiende una espiritualidad contemplativa basada en la entrega total. Su quietismo propone que el alma «se libere» y camine hacia la perfecta contemplación y la paz interior abandonando todo esfuerzo personal. Para Molinos, la renuncia al ego y a la voluntad propia es esencial: el alma alcanza la unión con Dios dejándose llevar por Él. La paz, entonces, surge del cese de la resistencia y del desapego a toda acción voluntaria.

Un Curso de Milagros, por su parte, nacido en el siglo XX, se dirige al buscador espiritual desde un marco psicológico y metafísico. Propone desaprender las enseñanzas del ego para recuperar la verdadera identidad en el amor divino. Mientras que Molinos aboga por una pasividad radical ante Dios, el Curso plantea una participación activa: no en términos de esfuerzo, sino de deshacer las barreras interiores que impiden el amor. La primera lección lo deja claro: «Nada de lo que veo significa nada» (L-1:1), confrontando de inmediato el sistema de pensamiento del ego y abriendo paso a una nueva percepción.

Molinos invita a la quietud interior y al abandono de prácticas externas, buscando una comunión directa con la divinidad. Asegura que «el alma no debe preocuparse de las distracciones externas, sino abandonarse enteramente en los brazos de Dios», subrayando así que la pasividad y la entrega son los medios para alcanzar la verdadera unión con lo sagrado.

Ambas obras coinciden en identificar al ego como el principal obstáculo para la verdad. Molinos lo describe como una barrera que impide la acción de la gracia: «Para que Dios pueda obrar en el alma, es necesario que el ego sea anulado». *Un Curso de Milagros* coincide al afirmar que el ego es el origen de las ilusiones, el sufrimiento y el miedo: «El ego es la voz del miedo». Su propuesta es dejar de escuchar esa voz y soltar las ilusiones. Además, señala: «La proyección SIEMPRE te hará

daño. Refuerza tu creencia en tu propia mente dividida, y su único propósito ES MANTENER LA SEPARACIÓN EN MARCHA» (T-6.II.4:1-2).

Las diferencias, sin embargo, son notables. La *Guía Espiritual* tiene un tono austero y severo, acorde con el siglo XVII y el ambiente represivo que vivió su autor. La unión con Dios aparece como un proceso arduo, que exige atravesar noches oscuras y renunciaciones profundas. Molinos afirma: «El alma debe aprender a soportar las desolaciones sin buscar consuelo en las cosas de este mundo» y declara: «El sufrimiento es el crisol en el que se purifica el alma». El dolor es visto como instrumento de purificación espiritual.

En cambio, *Un Curso de Milagros* adopta un tono compasivo. Aunque también insiste en superar el ego, lo hace desde el amor y el perdón, no desde el sufrimiento. El Curso enseña que sanar es cambiar la percepción y que el perdón revela la unidad con los demás y con Dios. Esta visión refleja un cambio en la espiritualidad contemporánea, menos inclinada a la penitencia y más a la transformación pacífica. Repite una y otra vez que «el sufrimiento no tiene lugar en el plan de Dios para ti».

Una diferencia clave es el enfoque relacional del Curso, en contraste con el camino individual de Molinos. Según el Curso, la relación con los demás es esencial para la salvación: «Tu hermano es el espejo en el que verás la imagen de ti mismo mientras dure la percepción» (T-7.VII.4:10). También afirma: «... es tu salvador, NO tu odiado enemigo» (T-29.V.6:1) y «... trataste de ver tus propios pecados en él para así salvarte tú» (T-22.IV.8:6). Para Molinos, en cambio, la vía contemplativa no necesita mediadores humanos: la relación es directamente entre el alma y Dios.

Ambas enseñanzas sostienen que la paz interior se alcanza liberándose del ego y del mundo. En Molinos, esto se logra con una renuncia total a la acción personal. El alma debe entregarse en silencio y permitir que Dios actúe sin interferencias. En el Curso, el camino implica una introspección activa: identificar y corregir las percepciones erróneas, asumir responsabilidad sobre la propia experiencia y permitir que el Espíritu Santo la transforme. Como afirma el Curso: «El miedo es una falsa percepción, una petición de amor» (T-12.III). Reconocer ese error y dejar que el Espíritu Santo lo reinterprete es el camino a la sanación. El Curso insiste en que todo conflicto nace de la creencia en la separación con Dios.

Otro contraste importante está en el papel del sufrimiento y la culpa. Para Molinos, el sufrimiento purifica. El alma debe abrazarlo en silencio como parte del proceso de entrega. El Curso, sin embargo, denuncia el sufrimiento y la culpa como fabricaciones del ego. Enseña que la culpa es una ilusión destructiva: «... LA CULPA ES UNA LOCURA, TOTALMENTE injustificada...» (T-13.XI.8:6). La verdadera

liberación viene del perdón, del reconocimiento de la inocencia original que habita en todos y de permitir que el amor reemplace al miedo.

En cuanto al curso de acción, Molinos propone una renuncia sostenida a todo impulso personal. El alma debe mantenerse en pasiva quietud, confiando plenamente en Dios. En cambio, el Curso requiere un entrenamiento mental activo mediante lecciones diarias. No basta con rendirse: hay que aprender a ver de otra manera. Así lo indica la lección 31: «No soy víctima del mundo que veo», recordando que cada quien crea su experiencia y puede elegir liberarse de las ilusiones.

Otra coincidencia es el desapego del mundo. Molinos insiste en que el alma debe desligarse de lo externo, incluyendo prácticas devocionales que podrían convertirse en obstáculos. *Un Curso de Milagros* afirma también que el mundo percibido es una ilusión del ego. Solo soltando esa visión ilusoria se accede a la libertad. La lección 32 dice: «Yo mismo he inventado el mundo que veo», subrayando que la percepción está moldeada por el ego. El Curso insiste: «En Dios estás en tu hogar, soñando con el exilio, pero perfectamente capaz de despertar a la Realidad» (T-10.I.6:3).

No obstante, Molinos mantiene una simbología cristiana tradicional: Dios es el Esposo, el alma la Esposa. Esta imagen es central en su obra. En cambio, el Curso usa la figura de Dios, pero se aparta del lenguaje teísta convencional. Dios es más bien una presencia interna que define nuestra verdadera identidad. «Dios es el amor en el que perdono» (L-46), afirma el Curso. Y añade: «Tu tarea NO es ir en busca del amor, sino simplemente buscar y ENCONTRAR todas las barreras que has levantado CONTRA él DENTRO DE TI MISMO» (T-16.V.6:1).

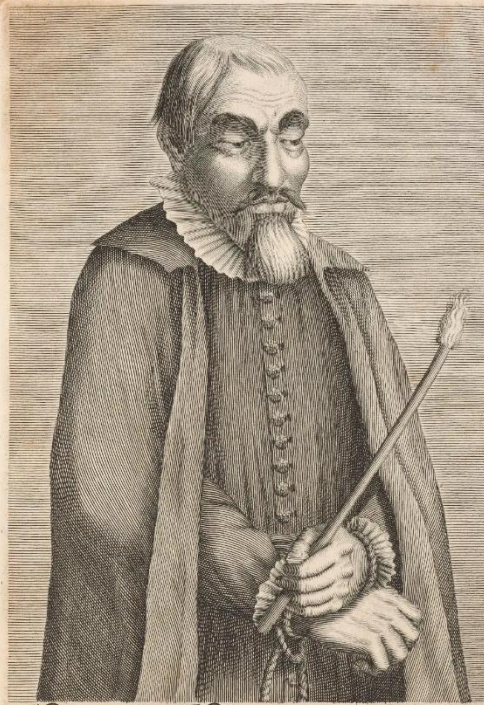
Ambas enseñanzas coinciden también en subrayar la importancia de la guía interior. Para Molinos, cuando el alma alcanza la quietud, Dios mismo la guía sin necesidad de intermediarios. *Un Curso de Milagros* enseña que esa guía proviene del Espíritu Santo, que habita en nuestra mente y está en constante comunicación con Dios. No hace falta un confesor ni un maestro externo. El Curso lo expresa así: «El Espíritu Santo es la Respuesta de Dios...» (T-5.II.10:5). Y también: «Permite que el Espíritu Santo te enseñe a ver con amor y no con miedo». La guía es constante y segura: «El Espíritu Santo permanece al final del tiempo, donde tú también no puedes sino estar, pues Él está contigo» (T-13.I.8:4).

En resumen, la *Guía Espiritual* de Miguel de Molinos y *Un Curso de Milagros* coinciden en su llamado a trascender el ego y establecer una relación directa con lo divino. Ambos describen la verdadera paz como fruto de esa liberación interior. Pero mientras Molinos se inclina por la pasividad radical y la aceptación del sufrimiento como camino, el Curso propone una transformación amorosa basada en el

perdón, la corrección perceptiva y la guía del Espíritu Santo. Sus caminos son distintos, pero la meta es común: abandonar las ilusiones del ego para redescubrir el amor y la paz que siempre han estado en nosotros.

Guía Espiritual

Miguel de Molinos



*Michael de Molinos chief of the Quietists,
Author of the Book called The Spiritual Guide, which disentangles the Soul
and brings it by the inward way to the getting the Rich Treasure of Internal Peace.
wth is an Abstract of the Mystical Divinity, whose Doctrine chiefly consists in
this, That men ought to bring their minds to a State of inward Quietness, from w^{ch}
the name of Quietists is given to all his followers: by this he hath procured a great
reformation of mens minds and manners. He was condemned by the Inquisition
at Rome for Heresy y^e 3^d of Sept^r. 1687, they thinking his conduct to be factious, and
might breed a Schisme in the Church, for it has prevailed so much that he hath
20000 followers in Naples and Sicily, and many friends at Rome.*

Drawn from the Original at Rome

Printed and Sold by John Overton at the White Horse without Newgate

PREFACIO

Este libro se presenta al lector sincero como la paz que el inquieto mundo no puede ofrecer

«Estas palabras son fieles y verdaderas»

(Apocalipsis 22:6)

Palabras fieles y verdaderas son, lector sincero, las que en este breve libro se expresan, inspiradas e incluso impulsadas por el Padre de los resplandores eternos. Proviene del corazón profundo y luminoso de un hombre virtuoso. Son, repito, palabras fieles y verdaderas; palabras de vida y de luz, que, si deseas caminar de forma recta y segura por el sendero de la justicia y la equidad, serán una antorcha inextinguible para tus pies y un faro siempre encendido para tus pasos.

No ha intervenido en la creación de esta obra, ni en su publicación, la vana ambición de alcanzar la efímera alabanza de los hombres ni ningún otro interés humano o respeto terrenal. Solo el puro amor por la mayor gloria divina y el ardiente deseo de promover la perfección cristiana motivaron a quien escribió estas altas verdades y a quien ahora las publica.

Su autor, siempre ocupado en consolar y guiar a innumerables almas que Dios le confía, sin buscar ninguna de ellas, pues habita en su soledad y desapego, escribió este tratado con una pluma veloz, sin otra enseñanza que la de la santa oración, sin más lección o estudio que el tormento interior —ese taller donde se forja la verdadera sabiduría—, sin más artificio que el impulso interior y sin otro propósito que obedecer al eterno beneplácito y a la divina inspiración, con una fuerza que bien podría llamarse apremiante.

Deseando, entonces, que este libro viera la luz pública para la utilidad común y como guía de las almas dichosas que avanzan por la

senda de la negación de sí mismas hacia las elevadas y serenas alturas de la perfección mística, pedí repetidas veces a su autor que me lo entregara. No logrando conseguirlo, recurrí a su guía espiritual, quien, tras solicitarlo y leerlo, me lo entregó.

He gestionado su impresión y superado algunos obstáculos que se presentaron, entendiendo que el gran Padre de familia no enciende tales antorchas para dejarlas escondidas, sino para que brillen en su candelero místico. Además, tengo la certeza de que este libro resultará de gran provecho para los verdaderos espirituales y puramente místicos. Porque no basta con escribir sobre la influencia divina y la comunicación interior y pasiva, como muchos han hecho hasta ahora, sin despejar el camino y revelar al alma las dificultades que atraviesa dentro de sí misma, las cuales obstaculizan su ascenso a este sublime estado.

Este ha sido el único propósito del autor, y parece haberlo logrado con gran acierto. Su doctrina es práctica, su luz es pura, su estilo sencillo y elevado, y su comprensión clara, aunque profunda.

Lee, querido lector, con plena confianza y con santa alegría, pero también con atención y una devota reflexión, este libro práctico sobre la vida interior. En él hallarás el maná escondido de la suavidad y dulzura divinas, junto con el significado y alcance profundos de la paz interior, aquí magistralmente explicado. Encontrarás la diferencia entre la meditación y la contemplación, entre lo adquirido y lo infuso. Aquí se revelan las miserias del alma, las tentaciones del enemigo, sus astucias, trampas y artimañas. Finalmente, hallarás las sendas secretas para alcanzar todas las virtudes y subir al alto monte de la contemplación, la aniquilación, la transformación y la paz interior.

Si eres una oveja dócil y fiel del Divino Pastor, y sigues amorosamente su llamado a través de esta Guía espiritual, entrarás en los dulcísimos pastos de la bienaventuranza, en la más tranquila y amena suavidad interior, alimentada por los torrentes cristalinos de la luz divina, que abundan en este libro. Esta luz no solo iluminará tu

entendimiento, sino que también encenderá tu voluntad, llenando tu alma de un alimento espiritual que te dejará con ardientes deseos de transformarte y conformarte a la imagen resplandeciente de la eterna verdad.

Entra, entra, amado lector, en este camino dichoso que te enseña esta fiel y luminosa Guía. Este es el camino de la justicia y la equidad, un sendero de bendición, santificación y verdad; un camino de sabiduría, paz y fortaleza; un camino de calma, luz y consejo. Aunque estrecho en su entrada, es amplio en su recorrido, y en su progreso y final se abre a un vasto horizonte.

Este es el camino de la verdadera amplitud de corazón y la auténtica libertad de los hijos de Dios, fuera del cual toda anchura se convierte en estrechez; toda libertad, en esclavitud; todo descanso, en trabajo; toda paz, en conflicto; toda calma, en inquietud; toda alegría, en falsedad; toda felicidad, en angustia; toda grandeza, en vanidad; y todo alivio, en una aflicción del espíritu. Este es el camino santo e inmaculado que conduce segura y directamente a la vida eterna, guiando sin peligros ni tropiezos hasta las altas y serenas cumbres de la perfección cristiana. Estas cumbres, colmadas de bienaventuranza y paz, están bañadas de una luz perpetua, donde no alcanzan las nubes de las cegueras y apetitos humanos, ni las inquietudes de las pasiones terrenales, ni los vientos y tempestades de las inconstancias y cambios de la vida temporal.

A esta dichosa meta te conduce esta Guía espiritual. Observa cuántas y cuán grandes cosas se encuentran en este pequeño libro. Dichoso tú, devoto lector, si no solo lees, sino que además practicas lo que aquí encuentras. Que te aproveche.

Tu hermano y siervo en Jesucristo crucificado,
Fr. Juan de Santa María,
Ministro Provincial.

APROBACIONES

Aprobación del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor el Padre Fray Martín Ibáñez de Villanueva, de la Sagrada Religión de los Trinitarios calzados, Calificador de la Santa Inquisición en España, Examinador Sinodal del Arzobispado de Toledo, Doctor Laureado en la Universidad de Alcalá y Catedrático de prima de Escoto en la misma Universidad, Obispo que fue de Gaeta, y dignísimo Arzobispo Rijoles.

Aprobación del Reverendísimo P. Fray Francisco María de Bolonia, Calificador de la Santa Romana universal Inquisición, Consultor de otras congregaciones y Ministro General de toda la Orden de San Francisco.

Aprobación del Reverendísimo P. Fray Domingo de la Santísima Trinidad, Calificador y Consultor del Santo Oficio de Malta, y Calificador de la Santa Romana universal Inquisición, General que fue de su Religión de Carmelitas descalzos, y hoy Definidor General y Rector del Seminario de las Misiones en el Convento de San Pancracio.

Aprobación del Reverendísimo P. Fray Francisco Gerez, Predicador de su Majestad Católica, Examinador Sinodal que fue del Arzobispado de Sevilla, Provincial tres veces de su Sagrada Religión de los Capuchinos en la Provincia de Andalucía, y hoy Definidor General de toda su Religión.

Aprobación del Reverendísimo P. Martín de Esparza, de la Compañía de Jesús, Catedrático de Teología de la Universidad de Salamanca y del Colegio Romano, Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos, y Consultor y Calificador del Santo Oficio de Valladolid, y Calificador de la Santa Romana universal Inquisición.

Aprobación del Reverendísimo P. Fray Diego de Jesús, Religioso descalzo del Orden de la Santísima Trinidad, Redención de Cautivos, Procurador General de la familia de España y Ministro del Convento de San Carlos de Roma.

INTRODUCCIÓN

A quien lea esto

No hay nada más difícil en el mundo que agradar a todos, ni más fácil y común que censurar los libros que se publican. Toda obra que sale a la luz, sin excepción alguna y aun bajo la mayor protección, se expone tanto al riesgo de desagradar como al de ser criticada. ¿Qué será de este pequeño librito, sin padrinos que lo defiendan, y cuyo contenido, por ser místico y poco conocido, parece destinado a la censura general y a provocar rechazo? Si no lo entiendes, lector amigo, no por ello lo condenes.

El hombre «natural» —aquel que se guía solo por lo material— puede escuchar y leer sobre temas espirituales, pero no logrará comprenderlos, como dice San Pablo: «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Corintios 2:14). Si las desprecias, te alineas con los sabios de este mundo, de quienes San Dionisio dice que Dios no les comunica esta sabiduría reservada a los sencillos y humildes, aunque a los ojos del mundo parezcan ignorantes.

La ciencia mística no es fruto del ingenio, sino de la experiencia; no es inventada, sino probada; no se adquiere por la lectura, sino que se recibe, y por ello es segura y eficaz, de gran ayuda y abundante fruto.

Esta ciencia no entra en el alma a través de los oídos ni por la constante lectura de libros, sino por la generosa infusión del divino Espíritu, cuya gracia se comunica con intimidad exquisita a los sencillos y pequeños (Mateo 11:25).

Existen doctos que nunca han leído sobre estos temas, y también hay espirituales que hasta ahora no los han experimentado; por eso, unos y otros los rechazan: aquellos por ignorancia, y estos por falta de experiencia.

Es cierto que quien no ha tenido experiencia de esta dulzura no podrá juzgar estos misterios, y es probable que incluso se escandalice, como suele ocurrir a muchos al oír las maravillas que el amor divino realiza en las almas, por no percibir ellos mismos esas delicadezas en las suyas. ¿Quién puede poner límite a la bondad divina, cuya mano no se ha acortado para hacer lo que hizo en tiempos pasados? Dios no llama al más fuerte por mérito, sino al más débil y necesitado, para que resplandezca aún más su infinita misericordia.

Esta ciencia no es teórica, sino práctica, donde la experiencia supera en gran medida a la más refinada y alerta especulación. Y como los sabios puramente escolásticos no la experimentan, la condenan: «Pero estos blasfeman de todo aquello que ignoran» (Judas 1:10). Por eso Santa Teresa aconsejaba a su director espiritual que solo tratara de temas espirituales con personas experimentadas en ello: «Porque si no saben más que un camino, o se han quedado a medias, no podrán orientarte bien» (*Vida*, cap. 22).

Es evidente que quien condene la doctrina de este libro no tiene experiencia en esta ciencia práctica y mística y que no ha leído a San Dionisio, San Agustín, San Gregorio, San Bernardo, Santo Tomás, San Buenaventura y muchos otros santos y doctores aprobados por la Iglesia, quienes avalan, enseñan y practican esta doctrina.

Es importante señalar que la doctrina de este libro no está destinada a todos, sino únicamente a quienes ya tienen mortificados sus sentidos y pasiones, que han avanzado en la oración y son llamados por Dios al camino interior. A estas almas se les anima y guía, eliminando los obstáculos que dificultan su avance hacia la perfecta contemplación.

He procurado que el estilo de este libro sea devoto, casto y útil, sin adornos de frases elegantes, sin alardes de elocuencia ni de sutilezas teológicas; me he enfocado solo en enseñar la verdad desnuda con humildad, sencillez y claridad.

No te sorprendas de que cada día aparezcan nuevos libros espirituales, pues Dios siempre tiene nuevas luces que comunicar, y las almas siempre necesitan instrucción. Ni todo ha sido dicho ni todo ha sido escrito, y por eso siempre habrá necesidad de escribir hasta el fin del mundo. Admirables fueron las luces que Dios comunicó a la Iglesia a través de Santo Tomás de Aquino, quien, al acercarse su muerte, afirmó que en ese instante Dios le había dado tanta luz, que cuanto había escrito hasta entonces le parecía nada. Así, Dios tiene y tendrá siempre nuevas luces que comunicar, pues su infinito saber no se agota.

No hay que acobardarse ante las muchas y grandes pruebas del camino interior, pues todo lo que tiene gran valor merece un esfuerzo equivalente. Ten ánimo, porque no solo las dificultades descritas aquí, sino muchas más, se superarán con la gracia divina y la fortaleza interior.

Mi intención no ha sido tratar de la contemplación ni de su defensa, como han hecho otros, quienes, con sabiduría y especulación, han publicado libros enteros llenos de argumentos sólidos, doctrinas y citas de santos y de la Sagrada Escritura, para refutar las opiniones de quienes la condenan por no haberla experimentado ni siquiera comprendido de forma teórica.

La experiencia de largos años (por la confianza depositada en mi insuficiencia para guiar a muchas almas en el camino interior al que han sido llamadas) me ha enseñado la gran necesidad de liberar a estas almas de los obstáculos, inclinaciones, afectos y apegos que impiden por completo su avance hacia la perfecta contemplación.

Todo este libro práctico tiene este objetivo principal, porque no basta con asegurar el camino interior de la contemplación contra aquellos que lo contradicen; es necesario también quitar los obstáculos que impiden a las almas llamadas y comprometidas seguir avanzando y volar espiritualmente. Para este propósito, me he basado

más en lo que Dios, por su infinita misericordia, me ha inspirado y enseñado que en las lecciones especulativas de los libros.

En algunas ocasiones, aunque pocas, cito la autoridad de algún autor práctico y experimentado para que quede claro que la doctrina aquí enseñada no es única ni excepcional. Este ha sido, pues, mi primer objetivo: no asegurar el camino interior, sino despejarlo. El segundo, instruir a los guías espirituales para que no obstaculicen el avance de las almas que Dios llama por estas sendas secretas hacia la paz interior y la suprema felicidad. Quiera Dios, en su infinita misericordia, que se logre este anhelado propósito.

Sé bien que muchos, por falta de experiencia, criticarán lo que aquí se enseña, pero confío en Dios que algunas almas, a quienes Su Majestad llama a esta ciencia, sabrán aprovecharlo, y el fruto de su beneficio compensará mi esfuerzo. Este ha sido el único deseo de mi corazón, y si Dios, como es constante, acepta y se sirve de estos deseos puros, quedaré satisfecho, aun cuando reciba duras críticas.

Que así sea.^I

^I Comentario a la Introducción

En la Introducción de esta *Guía Espiritual*, Miguel de Molinos establece el marco fundamental de su obra y anticipa las posibles reacciones que podría suscitar entre sus lectores. Desde el inicio, reconoce la dificultad de agradar a todos y la facilidad con la que las obras pueden ser censuradas, especialmente cuando tratan sobre temas místicos y poco conocidos. Molinos muestra una profunda conciencia de los desafíos que enfrenta al presentar una doctrina que puede ser incomprendida o rechazada por aquellos que carecen de experiencia en el camino espiritual.

Dirigiéndose directamente al lector, Molinos pide que, si no se comprende el contenido, no se lo condene. Cita a San Pablo: «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Corintios 2:14), subrayando que aquellos que se guían únicamente por lo material pueden encontrar difícil comprender las verdades espirituales profundas. Esta referencia establece una distinción entre el conocimiento puramente intelectual y la comprensión que proviene de la experiencia espiritual y la gracia divina.

El autor enfatiza que la ciencia mística no es producto del ingenio humano, sino de la experiencia y la infusión del Espíritu Santo. No se adquiere mediante la lectura

o el estudio, sino que se recibe y se vive. Esta afirmación resuena con la tradición mística cristiana, donde se considera que el verdadero conocimiento de Dios trasciende la razón y se obtiene a través de la unión contemplativa. Santa Teresa de Jesús, en su obra *El Castillo Interior*, también destaca que el camino hacia Dios es interno y que las experiencias místicas no pueden ser plenamente explicadas o comprendidas por quienes no las han vivido.

Molinos reconoce que tanto los doctos sin experiencia mística como los espirituales que aún no han alcanzado ciertas profundidades pueden rechazar o criticar su doctrina. Al citar a Santa Teresa, quien aconsejaba tratar de temas espirituales solo con personas experimentadas, refuerza la idea de que la comprensión de estas materias requiere una vivencia personal. Esto pone de manifiesto la importancia de la humildad y la apertura en el camino espiritual, evitando juicios apresurados sobre lo que no se ha experimentado.

Además, Molinos defiende la ortodoxia y solidez de su enseñanza al mencionar que está respaldada por santos y doctores de la Iglesia como San Dionisio, San Agustín, San Gregorio, San Bernardo, Santo Tomás y San Buenaventura. Al hacerlo, busca legitimar su doctrina y mostrar que se inscribe en una tradición venerable y reconocida dentro del cristianismo. Esta estrategia también sirve para anticipar y contrarrestar posibles acusaciones de heterodoxia o innovación peligrosa.

Es significativo que el autor aclare que su obra no está destinada a todos, sino a aquellas almas que ya han avanzado en la mortificación de los sentidos y pasiones, que practican la oración y que son llamadas por Dios al camino interior. Reconoce que no todos están preparados para este tipo de enseñanza y que es necesario eliminar los obstáculos que impiden a estas almas progresar hacia la perfecta contemplación. Esta selectividad refleja una comprensión de la diversidad de etapas en el desarrollo espiritual y la necesidad de adaptar la guía a las capacidades y disposiciones de cada individuo.

En cuanto al estilo, Molinos destaca que ha evitado adornos retóricos y sutilezas teológicas, optando por un lenguaje humilde, sencillo y claro para enseñar la verdad desnuda. Esta elección refuerza su mensaje sobre la importancia de la simplicidad y la pureza de intención en la vida espiritual. Al prescindir de la elocuencia y la erudición innecesarias, facilita que el lector se concentre en el contenido esencial y en la aplicación práctica de sus enseñanzas.

Molinos también reflexiona sobre la necesidad continua de nuevas obras espirituales, argumentando que Dios siempre tiene nuevas luces que comunicar y que las almas requieren constante instrucción. Cita el ejemplo de Santo Tomás de Aquino, quien al final de su vida reconoció que todo lo que había escrito le parecía insignificante en comparación con la inmensidad de la sabiduría divina. Esta reflexión enfatiza la infinitud de Dios y la imposibilidad de agotar Su conocimiento, invitando a una actitud de humildad y apertura permanente.

El autor muestra una actitud humilde al anticipar que su obra puede ser criticada y que muchos, por falta de experiencia, podrían no comprenderla. Sin embargo, expresa su confianza en que algunas almas serán beneficiadas y que el fruto de su beneficio compensará cualquier esfuerzo o crítica que reciba. Este compromiso con el bien espiritual de los demás refleja su sinceridad y dedicación como guía en el camino interior.

En esencia, esta introducción es una invitación al lector a adentrarse en una experiencia profunda de Dios, más allá del conocimiento intelectual o las prácticas externas. Molinos establece las bases de su enseñanza, anticipa las posibles objeciones y defiende la importancia de la experiencia mística como medio para alcanzar la unión con lo divino. Su enfoque en la humildad, la sencillez y la dependencia de la gracia divina resuena con las enseñanzas de otros místicos y ofrece una perspectiva valiosa para quienes buscan profundizar en su vida espiritual.

Esta introducción también destaca los desafíos que enfrentan aquellos que desean avanzar en el camino místico, especialmente en un contexto donde pueden carecer de guías experimentados o enfrentar incomprensión. Molinos se posiciona como un facilitador que, a través de su obra, busca eliminar obstáculos y ofrecer orientación basada en su propia experiencia y en la tradición de la Iglesia.

Al comentar sobre los condicionantes de su época, es importante reconocer que Molinos escribía en un tiempo en que las prácticas místicas podían ser vistas con sospecha, y donde la autoridad eclesiástica ejercía un control riguroso sobre las doctrinas. Su énfasis en la experiencia personal y en la guía interna del Espíritu Santo podía ser interpretado como una amenaza al orden establecido. No obstante, Molinos se esfuerza por demostrar que su enseñanza está en continuidad con la tradición y que no pretende introducir novedades peligrosas.

En conclusión, la introducción de la *Guía Espiritual* ofrece una visión sensible, original e inteligente de la vida mística. Molinos combina una profunda comprensión de las dinámicas espirituales con una humildad y sencillez que hacen accesible su enseñanza. Su obra invita al lector a superar las limitaciones del conocimiento meramente intelectual y a abrirse a la acción transformadora de Dios en el interior del alma. Al hacerlo, contribuye de manera significativa al legado de la espiritualidad cristiana y ofrece recursos valiosos para quienes buscan una relación más íntima y auténtica con lo divino.

PROEMIO

ADVERTENCIA I

De dos modos se puede ir a Dios: el primero, por meditación y discurso; el segundo, por pura fe y contemplación

1. Existen dos maneras de acercarse a Dios: una, mediante la consideración y el razonamiento, y otra, a través de la pureza de la fe, una comprensión indistinta, general y difusa. La primera se denomina meditación; la segunda, recogimiento interior o contemplación adquirida. La meditación es para los principiantes, mientras que el recogimiento es para quienes han avanzado. El primer método es sensible y material; el segundo es más despojado, puro e interior.

2. Cuando el alma se ha acostumbrado a meditar en los misterios, uniéndose con la imaginación y usando imágenes corporales, pasando de criatura en criatura y de una noción a otra (aunque siempre quedándose corta respecto a lo que desea), y, finalmente, de las criaturas al Creador, entonces suele Dios tomarla de la mano (a menos que la llame al principio y la lleve por el camino de la pura fe sin mediar discurso). Así, hace que el entendimiento abandone todas las consideraciones y razonamientos, llevándola más allá de ese estado sensible y material, y poniéndola bajo una simple y oscura noción de fe. De esta manera, el alma solo aspira a su esposo con las alas del amor, sin necesitar ya del entendimiento para amarle, porque entonces su amor sería limitado, dependiente de las criaturas, como gotas de agua cayendo lentamente.

3. Cuanto menos dependa de las criaturas y más confíe únicamente en Dios y en su enseñanza secreta, mediante la fe pura, tanto más firme, duradero y profundo será su amor. Una vez que el alma ha adquirido el conocimiento que le pueden proporcionar todas las meditaciones e imágenes corporales de las criaturas, si el Señor la saca de ese estado, privándola del razonamiento y dejándola en la

divina oscuridad para que avance por el camino recto y de pura fe, debe dejarse guiar y no intentar amar con la limitación y pobreza que tales imágenes le ofrecen. Debe convencerse de que todo lo que el mundo y los conceptos más refinados de los intelectos más sabios puedan decirle es insuficiente, y que la bondad y belleza de su amado exceden infinitamente todo cuanto puede comprender, persuadiéndose de que todas las criaturas son incapaces de llevarla al verdadero conocimiento de su Dios.

4. Debe, por tanto, avanzar en su amor, dejando atrás todo lo que ha entendido. Ame a Dios como es en sí mismo, y no como se lo representa su imaginación; y si no puede conocerle tal cual es, ámele sin conocerle, bajo los velos oscuros de la fe, del mismo modo en que un hijo que nunca ha visto a su padre, confiando en lo que le han contado de él, le ama como si ya le hubiera visto.

5. El alma a la que se le ha retirado el razonamiento no debe forzarse ni intentar, a toda costa, obtener una comprensión más clara o específica. Debe, en cambio, mantenerse libre, sin apoyos de consuelo ni noticias sensibles, con un espíritu pobre y vacío de todo lo que su apetito natural le demanda. Debe permanecer quieta, firme y constante, dejando actuar al Señor, aunque se sienta sola, seca y en tinieblas. Si bien podría parecerle una inactividad, esta es solo inactividad para su sensibilidad y actividad material, pero no para Dios, quien está obrando en ella la verdadera ciencia. En definitiva, cuanto más se eleva el espíritu, más se aparta de lo sensible. Son muchas las almas que llegan hasta esta puerta, pero pocas las que la cruzan debido a la falta de una guía experimentada; y aquellas que la tienen, muchas veces no se someten con un verdadero y completo abandono.

6. Podrán decir que la voluntad no puede amar sin que el entendimiento perciba de forma clara y distinta, pues está asentado como principio que solo se puede amar lo que se conoce. A esto se responde que, aunque el entendimiento no conozca con claridad a través de razonamientos, imágenes y consideraciones, sí comprende mediante una fe oscura, general y confusa. Este conocimiento, aunque tan

oscuro, indistinto y general, al ser sobrenatural, es un conocimiento de Dios más claro y perfecto que cualquier noción sensible o particular que se pueda formar en esta vida, ya que toda imagen corporal y sensible está infinitamente distante de Dios.

7. Conocemos a Dios, dice San Dionisio, más perfectamente por negaciones que por afirmaciones. Sentimos más profundamente la presencia de Dios al reconocer que es incomprensible y está más allá de todo nuestro entendimiento, que al concebirlo bajo alguna imagen o belleza creada, lo cual sería entenderlo de una manera limitada. Así, un amor y aprecio mayores se engendrarán a partir de esta comprensión confusa, oscura y negativa, que de cualquier otra forma sensible y clara; porque esa comprensión es más propia de Dios y libre de toda influencia de las criaturas, mientras que la otra, cuanto más depende de las criaturas, tanto menos posee de Dios.

ADVERTENCIA II

En qué se diferencia la meditación de la contemplación

8. San Juan Damasceno, junto con otros santos, afirma que la oración es una elevación del entendimiento hacia Dios. Dios está por encima de todas las criaturas, y el alma solo puede mirarle y tratar con Él elevándose por encima de todas ellas. Este trato íntimo que el alma sostiene con Dios, que es la oración, se divide en meditación y contemplación.

9. Cuando el entendimiento reflexiona sobre los misterios de nuestra santa fe con atención para comprender sus verdades, analizando sus particularidades y ponderando sus circunstancias para mover la voluntad a los afectos, a este ejercicio de reflexión y devoción se le llama propiamente meditación.

10. Cuando el alma ya conoce la verdad (ya sea por el hábito adquirido mediante la meditación o porque el Señor le ha otorgado una

luz particular) y mantiene los ojos del entendimiento fijos en esa verdad, contemplándola con sencillez, calma, sosiego y silencio, sin necesidad de reflexiones, razonamientos ni otras pruebas para convenirse, mientras la voluntad la ama, se maravilla y se goza en ella, esto se llama propiamente oración de fe, oración de quietud, recogimiento interior o contemplación.

11. Santo Tomás y todos los maestros místicos describen esta contemplación como una visión sencilla, suave y reposada de la verdad eterna, sin discursos ni reflexiones. Sin embargo, si el alma se deleita en observar los efectos de Dios en las criaturas —y entre ellas, especialmente, en la humanidad de Cristo como la más perfecta de todas—, esta experiencia no se considera contemplación perfecta, según explica Santo Tomás, ya que estas criaturas son medios para conocer a Dios tal como es en sí mismo. Y aunque la humanidad de Cristo es el medio más santo y perfecto para llegar a Dios, el instrumento supremo de nuestra salvación y el canal por el cual recibimos todos los bienes que esperamos, la humanidad de Cristo no es el bien supremo. Este bien supremo consiste en ver a Dios, pues Jesucristo es más por su divinidad que por su humanidad. Así, quien piensa en Dios (dado que la divinidad está unida a la humanidad) piensa siempre en Jesucristo, especialmente el contemplativo, cuya fe es más sencilla, pura y constante.

12. Siempre que se alcanza el fin, cesan los medios, y al llegar al puerto cesa la navegación. De igual manera, cuando el alma, tras haberse esforzado mediante la meditación, llega a la quietud, calma y reposo de la contemplación, debe dejar a un lado los razonamientos y descansar en una atención amorosa y sencilla a la presencia de Dios, mirándole y amándole. Debe rechazar con suavidad todas las imágenes que se presenten, apaciguar el entendimiento en esa divina presencia, y recoger toda su memoria en Dios, contentándose con el conocimiento general y difuso que tiene de Él a través de la fe, aplicando toda su voluntad a amarle, pues en esto se encuentra el verdadero fruto.

13. Dice San Dionisio: «En cuanto a ti, queridísimo Timoteo, aplicándote seriamente a las especulaciones místicas, deja de lado los sentidos y las operaciones del entendimiento, todos los objetos sensibles e inteligibles, y, en general, todas las cosas que existen y las que no existen; y, de una manera desconocida e inefable, en la medida en que al ser humano le es posible, elévate a la unión con Aquel que está por encima de toda naturaleza y conocimiento». Hasta aquí las palabras del Santo.

14. Así, es fundamental dejar de lado toda criatura, todo lo que es sensible, todo lo que es inteligible y afectivo, y, en definitiva, todo lo que existe y lo que no existe, para arrojarse en el seno amoroso de Dios. Él nos devolverá todo lo que hemos dejado, acompañado de fortaleza y una capacidad mayor para amarle intensamente. Este amor nos mantendrá en un santo y bienaventurado silencio, que vale más que todas las acciones juntas. Santo Tomás dice: «Es muy poco lo que el entendimiento puede alcanzar de Dios en esta vida, pero es mucho lo que la voluntad puede amar».

15. Cuando el alma llega a este estado, debe recogerse completamente en su interior, en su centro puro y profundo, donde reside la imagen de Dios: allí encontrará la atención amorosa, el silencio, el olvido de todas las cosas y la entrega total de la voluntad con perfecta resignación, escuchando y tratando con Dios tan a solas como si en todo el mundo no existieran más que los dos.

16. Con razón dicen los santos que la meditación obra con esfuerzo y da fruto; la contemplación, en cambio, sin esfuerzo, con paz, sosiego, deleite y mucho mayor fruto. La meditación siembra, y la contemplación cosecha; la meditación busca, y la contemplación encuentra; la meditación mastica el alimento, mientras que la contemplación lo saborea y se nutre de él.

17. Todo lo expresó el místico Bernardo en aquellas palabras del Salvador: «Buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá». «La lectura ofrece el alimento sólido a la boca; la meditación lo desmenuza; la

oración extrae su sabor, y la contemplación es la dulzura misma, que deleita y renueva». Con esto queda explicado qué son la meditación y la contemplación, y la diferencia entre ambas.

ADVERTENCIA III

En qué se diferencia la contemplación adquirida y activa de la infusa y pasiva, y cuáles son las señales que indican cuando Dios quiere llevar al alma de la meditación a la contemplación

18. Existen dos tipos de contemplación: una imperfecta, activa y adquirida, y otra infusa y pasiva. La activa (de la que se ha hablado hasta ahora) es aquella a la que podemos llegar mediante nuestro propio esfuerzo, con la ayuda de la gracia divina; consiste en recoger las potencias y los sentidos, preparándonos para lo que Dios quiera realizar en nosotros. Así lo explican Rojas en su *Vida espiritual* (cap. 19) y Arnaya en sus *Confesiones*.

19. San Bernardo también recomienda esta contemplación activa, en referencia a las palabras: «Escucharé lo que Dios hable en mí». Y dice: «María eligió la mejor parte, aunque la humilde actividad de Marta, en verdad, no sea quizá de menor mérito ante Dios. Pero de la elección de María se alaba su elección, pues aquella es la que debe preferirse en cuanto nos concierne; la otra solo debe practicarse si nos es impuesta, y entonces soportarla con paciencia».

20. Santo Tomás igualmente alienta la contemplación adquirida con las siguientes palabras: «Cuanto más el hombre une su alma, o la de otro, a Dios, tanto mayor y más aceptable es su sacrificio para Él. De aquí se deduce que el aplicar la propia alma y la de otros a la contemplación es más grato a Dios que dedicarse a la acción». Son palabras verdaderamente claras para callar a quienes censuran la contemplación adquirida.

21. Cuanto más el hombre se acerca a Dios o busca acercarse su propia alma y la de otros a Él, mayor y más aceptable es este sacrificio ante Dios. De ello se deduce (concluye el mismo Santo) que es más grato a Dios que el hombre dedique su alma y la de otros a la contemplación que a la acción. Y no se puede argumentar que el Santo se refiere aquí a la contemplación infusa, porque no está en la mano del hombre disponerse para la contemplación infusa, sino para la adquirida.

22. Aunque se dice que podemos introducirnos en la contemplación adquirida con la ayuda del Señor, nadie debería atreverse, por su propia voluntad, a pasar del estado de meditación a este sin el consejo de un director experimentado, quien podrá discernir con claridad si el alma es llamada por Dios a este camino interior. En ausencia de un director, la misma alma puede reconocer esta llamada a través de algún libro que trate estas cuestiones y que, por providencia divina, le sea dado para que descubra lo que experimenta sin saberlo en su interior. Sin embargo, aunque el alma sienta la certeza, a la luz de un libro, de dejar la meditación en favor de la quietud de la contemplación, siempre quedará en ella un ardiente deseo de ser instruida más profundamente.

23. Y para facilitar esta instrucción en este punto, quiero proporcionarle algunas señales para reconocer esta vocación a la contemplación. La primera y principal es la incapacidad de meditar, y, si intenta meditar, experimenta una notable inquietud y fatiga, siempre que esta dificultad no provenga de una indisposición corporal, de un estado de ánimo alterado, de una tendencia melancólica o de una sequedad originada por falta de preparación.

24. Se reconocerá que no se trata de una falta, sino de una verdadera vocación, cuando pasan un día, un mes y muchos meses sin poder razonar durante la oración. «El Señor lleva al alma hacia la contemplación», dice Santa Teresa, «y el entendimiento queda muy incapacitado para meditar en la pasión de Cristo. Porque, como la meditación consiste en buscar a Dios, una vez que se le encuentra y el

alma queda habituada por obra de la voluntad a volverle a buscar, ya no quiere cansarse el entendimiento» (Moradas, 6, cap. 7). Hasta aquí las palabras de la Santa.

25. La segunda señal es que, aunque ya no experimenta devoción sensible, busca la soledad y evita la conversación. La tercera, que la lectura de libros espirituales le resulta tediosa, pues no le hablan de la suavidad interior que percibe dentro de sí misma, aunque no lo reconozca plenamente. La cuarta señal es que, a pesar de estar privada del razonamiento, mantiene un firme propósito de perseverar en la oración. La quinta señal es un profundo conocimiento y confusión de sí misma, aborreciendo el pecado y teniendo una estima cada vez más alta de Dios.

26. La otra contemplación es perfecta e infusa, en la cual (como dice Santa Teresa) es Dios quien habla al alma, suspendiendo su entendimiento, frenando su pensamiento y quitándole (como se dice) la palabra de la boca; de modo que, aunque quiera, no puede hablar sin gran dificultad. Comprende que este divino Maestro le está enseñando sin necesidad de palabras, manteniendo en suspenso sus facultades, pues, si actuaran, más perjudicarían que ayudarían. El alma goza sin entender cómo goza. Se siente ardiendo en amor sin saber cómo ama; percibe que disfruta de lo que ama, pero ignora cómo es ese gozo. Sabe que no es un gozo que el entendimiento pueda desear; la voluntad lo abraza sin entenderlo, y, aunque no logra comprender, ve que no es un bien que se pueda merecer con todos los trabajos de esta vida. Es un don que el Señor concede a su antojo y según su voluntad, como el Señor de todo, el que da como es, a quien quiere y como quiere. En esto, su Majestad lo es todo, ya que es una obra que excede nuestro natural (Camino de perfección, cap. 25). Todo esto es de la Santa Madre. De aquí se deduce que esta contemplación perfecta es infusa, y que el Señor la concede gratuitamente a quien Él desea.

ADVERTENCIA IV

Asunto de este libro, que es desarraigar la rebeldía de nuestra propia voluntad para alcanzar la paz interior

27. El camino hacia la paz interior consiste en conformar nuestra voluntad en todo a la disposición de la divina voluntad: «En todo debemos someter nuestra voluntad a la voluntad divina; porque esta es la paz de nuestra voluntad, que sea en todo conforme a la voluntad divina» (Hugo Cardinalis, en Salmo 13). Aquellos que desean que todo ocurra y se realice según su propio gusto no han llegado a conocer este camino «No han conocido el camino de la paz» (Salmo 13) ni están dispuestos a transitarlo; por lo tanto, viven una vida amarga y desabrida, siempre inquietos y alterados, sin encontrar el camino de la paz, que es la plena conformidad con la voluntad divina.

28. Esta conformidad es el yugo suave que nos lleva a la región de la paz y la serenidad interior. De este modo, entenderemos que la rebeldía de nuestra voluntad es la causa principal de nuestra inquietud, y que, al no someternos al yugo suave de la voluntad divina, sufrimos tantas turbaciones y desasosiegos. ¡Oh, almas! Si rindiéramos nuestra voluntad a la divina y a todas sus disposiciones, ¡cuánta tranquilidad experimentaríamos, cuánta paz suave, qué serenidad interior, qué dicha suprema, como un anticipo de la bienaventuranza! Este, pues, será el tema de este libro; quiera el Señor concederme su luz divina para revelar las sendas secretas de este camino interior y la dicha perfecta de la paz verdadera.^I

^I Comentario al Proemio

El *Proemio* de la *Guía Espiritual* de Miguel de Molinos nos sumerge directamente en los fundamentos de su enseñanza y marca el tono de toda la obra. En estas advertencias iniciales, Molinos presenta dos caminos hacia Dios: la meditación y la contemplación. La meditación, vinculada a las primeras etapas de la vida espiritual, recurre al razonamiento y a la imaginación para acercarse al misterio divino.

La contemplación, en cambio, corresponde a un grado más avanzado, donde el alma se abandona a la fe pura sin intervención activa de la mente. Esta distinción es clave para comprender su propuesta: la fe desnuda y la entrega incondicional son el verdadero camino hacia la unión con lo divino.

Molinos insiste en la necesidad de renunciar al control racional y sensorial. Para unirse verdaderamente a Dios, es preciso desprenderse del deseo de comprender o manipular la experiencia espiritual. Se trata de avanzar por una "fe oscura", un camino donde el intelecto ya no puede guiar y es preciso un desprendimiento radical del ego. Esta idea conecta con tradiciones como el sufismo y el zen, donde el desapego del yo y la entrega total también son condiciones necesarias para alcanzar lo absoluto.

Otro elemento esencial del *Proemio* es el desapego del entendimiento. Molinos exhorta al lector a abandonar imágenes y razonamientos, pues estos pueden convertirse en obstáculos para la experiencia directa de lo divino. Esta perspectiva resuena con la práctica zen, en la que el vaciamiento de la mente y el abandono de los pensamientos son pasos fundamentales para alcanzar la iluminación. Como otros grandes místicos, Molinos advierte que el pensamiento puede entorpecer el acceso a la contemplación pura, que solo se alcanza por medio del abandono total.

Este mismo principio se expresa con una claridad sorprendente en *Un Curso de Milagros*, cuando afirma: «Haz simplemente esto: Aquiédate y deja a un lado todo pensamiento acerca de lo que eres tú y de lo que Dios es. Abandona todos los conceptos que hayas aprendido acerca del mundo y todas las imágenes que tienes de ti mismo. Vacía tu mente de todo lo que piensas que es verdadero o falso, bueno o malo; de todo pensamiento que consideres digno, y también de todas las ideas de las que te avergüenzas. No te aferres a nada. No traigas contigo ni un solo pensamiento que el pasado te haya enseñado, ni una sola creencia que hayas aprendido antes sobre cualquier cosa. Olvida este mundo, olvida este curso y con las manos totalmente vacías ve a tu Dios.» (L-189.7)

Ambas enseñanzas, con siglos de distancia entre sí y contextos muy distintos, coinciden en un punto esencial: la necesidad de vaciar la mente, soltar todo saber adquirido, y abandonar el esfuerzo personal para permitir que lo divino se revele por sí mismo. Para Molinos, este acto de desposesión interior es la esencia de la contemplación. Para *Un Curso de Milagros*, es el único acceso posible a la experiencia de Dios. En ambos casos, se nos invita a una rendición total, a una desnudez del alma que renuncia a cualquier pretensión de control o entendimiento, y que solo en ese silencio radical puede ser habitada por la Verdad.

Asimismo, Molinos subraya la centralidad del silencio y la quietud como vehículos auténticos de la unión con Dios. Estos estados no deben confundirse con mera pasividad, sino que representan la disposición óptima para que Dios actúe sin interferencias. Aquí es donde su propuesta alcanza una profunda resonancia con la

idea taoísta del *wu wei* —la no-acción—, en la que la auténtica acción nace de la armonía con lo divino, no del esfuerzo del ego.

Molinos también advierte que la contemplación no es para todos. Es un camino reservado a quienes han mortificado sus sentidos y pasiones, y están preparados para una entrega radical que implica la renuncia a los propios deseos. Aunque esta idea pueda parecer excluyente, en realidad subraya la seriedad del camino contemplativo y la profundidad del compromiso que requiere. No se trata de una opción más en el camino espiritual, sino de una vocación concreta, una llamada divina para quienes están dispuestos a abandonarlo todo y buscar la paz interior en la sola presencia de Dios.

El *Proemio* no es, por tanto, una introducción meramente doctrinal. Es una invitación, casi una consagración, a una actitud radicalmente receptiva y despojada. Lejos de proponerse como tratado teológico, se presenta como guía vivencial, clara y profunda, destinada a quienes estén dispuestos a emprender este viaje de transformación interior. Desde estas primeras páginas, Molinos deja claro que solo en el silencio, allí donde cesa todo ruido de la mente y del deseo, puede el alma encontrar a Dios.

LIBRO PRIMERO

*De las tinieblas, sequedades y tentaciones con que
Dios purga a las almas, y del recogimiento interior o
contemplación adquirida*

INTRODUCCIÓN AL LIBRO PRIMERO

Sobre la preparación para el camino espiritual, la importancia del silencio y la meditación, el desapego de los apegos mundanos, la purificación de los deseos, y los cimientos de la oración y la virtud

El *Libro Primero* de la *Guía Espiritual* abre la senda con una claridad firme y despojada. Molinos, como quien conoce el terreno desde dentro, no pierde tiempo en adornos ni teorizaciones: su urgencia es liberar el alma de los primeros lazos, esos que aún la retienen en la superficie del camino.

Aquí se nos presenta la quietud no como una meta, sino como condición primera para que Dios pueda obrar. No se trata aún de altos vuelos contemplativos, sino del desasimiento inicial: suspender el juicio, silenciar el deseo de comprender, comenzar a confiar en lo que no se toca.

Este libro es una pedagogía de la disponibilidad. El alma debe desaprender a buscar a Dios con sus fuerzas y empezar a dejarse encontrar. Esto exige un abandono sin reservas de los apoyos habituales —razón, esfuerzo, consuelo, devoción sensible— y una entrada humilde en el no-saber.

No es una renuncia abstracta, sino concreta: morir a la voluntad propia, permitir que cesen los movimientos del ego, dejar que el corazón se vacíe para que Dios lo ocupe. Molinos guía este proceso con mano firme pero sin violencia, señalando con precisión lo que impide la paz, lo que enturbia la mirada interior, lo que retiene al alma en sí misma.

Este primer tramo es decisivo, porque quien no aprende a detenerse, difícilmente podrá avanzar. Pero también es luminoso: quien se atreve a soltar, empieza a vislumbrar que todo está siendo hecho en él, desde más allá de sí mismo.

Molinos no promete resultados. Sólo invita. Su voz, serena y honda, nos recuerda que el camino interior no comienza con grandes experiencias, sino con un sí silencioso, repetido en lo oculto, a la obra de Dios en nosotros.

TEMAS CLAVE EN EL LIBRO PRIMERO

El Libro Primero de la Guía Espiritual es una llamada inicial al recogimiento. Aquí, Miguel de Molinos no enseña tanto nuevas ideas como una nueva manera de estar: menos ruidosa, menos voluntariosa, más dispuesta a dejarse hacer. Sus enseñanzas invitan al alma a despojarse de sus hábitos exteriores y disponerse, con humildad, al trabajo secreto de la gracia.

Silencio interior y disponibilidad

Todo comienza por un acto de quietud. No se trata solo de cesar las palabras, sino de cesar la autoafirmación constante del ego. El silencio que Molinos propone es una forma de disponibilidad: crear dentro un espacio sin pretensiones donde Dios pueda hablar sin ser interrumpido. Esta forma de escucha es el verdadero umbral del camino.

La meditación como puerta de entrada

Aunque Molinos valorará más adelante la contemplación pasiva, en estos primeros pasos enseña la meditación como una práctica necesaria. No tanto para producir experiencias, sino para ayudar al alma a virar su atención hacia lo eterno. Meditar es, aquí, aprender a mirar hacia dentro sin distracción, y a reconocer lo sagrado más allá de las formas.

Desapego y libertad del alma

El alma no puede avanzar mientras lleve peso. Por eso, Molinos insiste en el desapego: no como una renuncia moralizante, sino como un acto de libertad. Soltar lo que nos posee —deseos, ambiciones, afectos desordenados— no es empoberecerse, sino abrir espacio a lo que no se compra ni se mide: la presencia de Dios.

Purificación del deseo

No basta con renunciar a lo externo. Molinos guía también hacia una purificación más sutil: aquella de los deseos mismos. Aprender a desear lo que Dios quiere —o mejor aún, a no desear nada fuera de Él— es una purificación profunda que transforma el corazón. En este proceso, el alma se va volviendo cada vez más transparente a la voluntad divina.

Oración sencilla y virtud encarnada

La oración, para Molinos, no es un ejercicio retórico, sino una disposición amorosa. Es menos hablar que estar. Menos pedir que ofrecerse. La oración silenciosa, humilde, perseverante, se convierte en el aliento mismo del alma. Y con ella, brotan las virtudes: no como logros, sino como frutos naturales de una vida que empieza a girar en torno a Dios.

Perseverancia sin consuelo

En este primer tramo del camino, el alma experimenta a menudo aridez, dudas, resistencias. Molinos insiste en la constancia: seguir orando, seguir confiando, incluso cuando todo parece estéril. Esta fidelidad sin recompensa inmediata es una de las señales del verdadero comienzo.

Humildad como fundamento

Ningún progreso es posible sin humildad. No como actitud servil, sino como verdad reconocida: la de que no somos capaces de conducirnos por nosotros mismos. Molinos enseña que solo el alma que se sabe necesitada puede recibir. La humildad desarma al ego y prepara el terreno para la verdadera sabiduría.

Este primer libro es, en suma, un umbral. Aquí el alma aprende a dejar de buscar por sus propios medios y a ponerse, por fin, en camino. No hacia un logro espiritual, sino hacia una transformación callada, secreta, que solo Dios puede realizar en el silencio del corazón.

CAPÍTULO I

Para que Dios descanse en el alma, el corazón debe mantenerse en paz ante cualquier inquietud, tentación y tribulación

1. Debes saber que tu alma es el centro, la morada y el reino de Dios. Pero para que el gran rey descanse en el trono de tu alma, has de procurar tenerla limpia, tranquila, vacía y pacífica. Limpia de culpas y defectos; tranquila de temores; vacía de afectos, deseos y pensamientos; y pacífica en las tentaciones y tribulaciones.

2. Debes, entonces, mantener siempre pacífico el corazón para conservar puro este templo vivo de Dios, y con una intención recta y pura has de actuar, orar, obedecer y sufrir, sin dejarte alterar por todo aquello que el Señor disponga enviarte. Pues es cierto que, por el bien de tu alma y para tu progreso espiritual, permitirá que el envidioso enemigo turbe esta ciudad de quietud y trono de paz con tentaciones, sugerencias y tribulaciones, y, a través de las criaturas, con molestias penosas y grandes persecuciones.

3. Mantén constante y pacífico tu corazón en cualquier inquietud que estas tribulaciones te ocasionen. Entra en lo más profundo de ti mismo para vencerlas, porque allí está la fortaleza divina que te defiende, te ampara y lucha por ti. Si alguien cuenta con una fortaleza segura, no se inquieta, aunque sus enemigos lo persigan, pues, al refugiarse en ella, los desafía y vence. La fortaleza segura para triunfar sobre tus enemigos visibles e invisibles y sobre todas sus acechanzas y tribulaciones está dentro de tu propia alma, porque allí reside la ayuda divina y el auxilio soberano; refúgiate en tu interior, y todo quedará en calma, seguro, pacífico y sereno.

4. Tu principal y constante ejercicio debe ser pacificar ese trono que es tu corazón para que el soberano rey repose en él. El modo de pacificarlo es adentrarte en ti mismo, mediante el recogimiento interior. Toda tu fortaleza debe estar en la oración y en un amoroso

recogimiento en la divina presencia. Cuando te veas más acosado, refúgiate en esa región de paz, donde hallarás la fortaleza. Cuando te sientas más débil, recógete en ese refugio de la oración, el único medio para vencer al enemigo y calmar la tribulación. No te apartes de ella en la tormenta, hasta que experimentes, como otro Noé, la tranquilidad, la seguridad y la serenidad, y hasta que tu voluntad se encuentre resignada, devota, pacífica y fortalecida.

5. Por último, no te aflijas ni pierdas la confianza al verte decaído. Recobra la paz siempre que te alteres; porque este divino Señor solo quiere de ti, para descansar en tu alma y hacer de ella un rico trono de paz, que busques en tu corazón, mediante el recogimiento interior y con su divina gracia, el silencio en medio del ruido, la soledad en medio del gentío, la luz en las tinieblas, el olvido en la ofensa, el aliento en la cobardía, el ánimo en el temor, la resistencia en la tentación, la paz en la guerra y la calma en la tribulación.^I

^I Comentario al Capítulo I del Libro Primero

En el este primer capítulo de la *Guía Espiritual*, Miguel de Molinos introduce los fundamentos esenciales para el camino espiritual que propone a lo largo de su obra. Este capítulo establece la importancia de aplacar las emociones para que Dios pueda descansar en el alma. Molinos utiliza una serie de metáforas y conceptos que, a primera vista, pueden parecer simples, pero que encierran una profundidad significativa sobre la naturaleza de la vida interior y la relación con lo divino.

El autor comienza afirmando que el alma es el centro, la morada y el reino de Dios. Esta idea sugiere que dentro de cada individuo existe un espacio sagrado donde lo divino puede habitar. Sin embargo, para que Dios repose en este «trono» del alma, es necesario que esté limpia, tranquila, vacía y pacífica. Estos cuatro estados representan condiciones internas que el buscador espiritual debe cultivar:

Limpia de culpas y defectos: Esto implica un proceso de purificación moral y ética, donde el individuo reconoce y trabaja sobre sus imperfecciones y errores. No se trata de una perfección inalcanzable, sino de una actitud constante de mejora y sinceridad consigo mismo.

Tranquila de temores: Los miedos y las ansiedades pueden perturbar la serenidad del alma. Molinos invita a confiar en la providencia divina, liberándose de preocupaciones que impiden el descanso interior.

Vacía de afectos, deseos y pensamientos: Aquí se destaca la importancia del desapego. No se trata de rechazar las emociones o los pensamientos, sino de no aferrarse a ellos de manera que puedan dominarnos y alejarnos de la paz profunda.

Pacífica en las tentaciones y tribulaciones: La vida presenta desafíos y dificultades, pero mantener la paz interior en medio de las pruebas es esencial para que Dios pueda habitar plenamente en el alma.

Molinos reconoce que el «envidioso enemigo»—una personificación de las fuerzas que nos alejan de lo divino, comúnmente representadas por el ego (enfoque psicológico) o el diablo (enfoque religioso)—intentará turbar esta paz a través de tentaciones y tribulaciones. Sin embargo, ofrece una solución práctica y poderosa: refugiarse en el interior de uno mismo. Afirma que dentro de cada persona existe una fortaleza divina que nos defiende y ampara. Esta idea es especialmente relevante, ya que empodera al individuo al recordarle que la fuente de paz y fortaleza no está fuera, sino dentro de sí mismo.

La metáfora de la fortaleza es significativa. Al igual que alguien que se refugia en una ciudadela segura durante un asedio, el individuo puede encontrar en su interior un lugar de protección y calma. Esta fortaleza interna es accesible a través del recogimiento interior y la oración. Molinos enfatiza que la oración no es solo una práctica ritual, sino un medio para conectar profundamente con lo divino y encontrar serenidad en medio de las tempestades de la vida.

El autor también aborda la importancia de no dejarse abatir por las caídas o momentos de debilidad. Es natural que el ser humano experimente altibajos, pero lo esencial es recuperar la paz siempre que nos alteremos. Esta resiliencia espiritual es clave para mantener el corazón como un trono digno de Dios.

Uno de los aspectos más notables de este capítulo es cómo Molinos integra la dualidad de la experiencia humana: reconoce la existencia de conflictos externos e internos, pero al mismo tiempo ofrece una vía para trascenderlos. Al buscar «el silencio en medio del ruido», «la soledad en medio del gentío» y «la paz en la guerra», nos invita a encontrar un centro inmutable dentro de nosotros mismos. Esta práctica es profundamente transformadora, ya que permite al individuo vivir en el mundo sin ser dominado por él.

Además, Molinos establece desde el principio la importancia de la intención recta y pura en todas las acciones. No es suficiente realizar buenas obras o practicar rituales; lo que realmente importa es la intención que hay detrás de cada acto. Esta pureza de corazón es lo que hace que el alma sea un lugar adecuado para que Dios repose. Esto concuerda con Mateo 15:27-28 «Oísteis que fue dicho: No comerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla ya adulteró con ella en su corazón».

El mensaje central de este capítulo es atemporal y relevante para cualquier buscador espiritual, independientemente de su tradición religiosa. La idea de

encontrar paz interior en medio de las dificultades es un anhelo universal. Molinos nos ofrece herramientas prácticas para lograrlo, enfatizando la introspección, la oración y el desapego.

En el contexto de toda la obra, este capítulo sienta las bases para el camino de transformación que propone Molinos. La aniquilación del ego, la mortificación interior y la búsqueda de la unión con Dios son temas que se desarrollarán en profundidad en los capítulos siguientes. Sin embargo, todo comienza con la disposición del corazón. Si el corazón no está en paz, difícilmente podrá avanzar en los niveles más profundos de la vida espiritual.

En conclusión, este primer capítulo es una invitación a iniciar un viaje interior. Molinos, con su estilo directo y lleno de metáforas evocadoras, nos recuerda que la verdadera fortaleza y paz se encuentran dentro de nosotros. Al mantener el corazón limpio, tranquilo, vacío y pacífico, preparamos el terreno para una relación más profunda y significativa con lo divino. Este es el primer paso en un camino que, aunque desafiante, promete una transformación radical y una felicidad que trasciende las circunstancias externas.

CAPÍTULO II

Aunque el alma no pueda razonar, debe perseverar en la oración y no afligirse, porque esa es su mayor felicidad

6. Como todas las almas que el Señor llama al camino interior, te encontrarás llena de confusión y dudas cuando sientas que te falta el discurso en la oración. Te parecerá que Dios ya no te asiste como antes, que la oración ya no es para ti, y que pierdes el tiempo al no poder hacer, ni siquiera con esfuerzo, un solo razonamiento como solías.

7. ¿Qué aflicciones y perplejidades te causará esta falta de discurso? Y si en ese momento no cuentas con un padre espiritual experimentado en el camino místico, el sufrimiento será mayor para ti y la confusión para él. Podría pensar que tu alma no está bien dispuesta y que, para tranquilidad de tu conciencia, necesitas hacer una confesión general, y de esa diligencia no saldrá más que confusión para ambos. ¡Cuántas almas son llamadas al camino interior y, en lugar de guiarlas y hacerlas avanzar, los padres espirituales, por no comprenderlas, interrumpen su curso y las desvían!

8. Debes, entonces, convencerte de que, cuando te falte el discurso en la oración, no debes retroceder, sino alegrarte, pues esa es tu mayor dicha. Es una señal clara de que el Señor quiere que camines en su divina presencia por medio de la fe y el silencio, un sendero que es el más provechoso y el más sencillo, pues, con una simple mirada o atención amorosa hacia Dios, el alma se coloca como un humilde mendigo ante su Señor, o como un niño inocente que se abandona en el tierno y seguro regazo de su madre amada. Así lo expresó Gerson: «Aunque durante cuarenta años me dediqué a la lectura y la oración, no encontré nada más eficaz ni más breve para alcanzar la teología mística que hacer que nuestro espíritu se presente ante Dios como un niño y un mendigo».

9. Esta oración no solo es la más sencilla, sino también la más segura, ya que está libre de las operaciones de la imaginación, la cual

siempre es vulnerable a los engaños del demonio y a las alteraciones del humor melancólico, así como de los razonamientos, en los cuales el alma fácilmente se dispersa y se enreda en especulaciones que la llevan a mirarse a sí misma.

10. Cuando Dios quiso instruir a su siervo Moisés (Éxodo 34) y entregarle las tablas de piedra con la ley divina, lo llamó a la falda del monte; y en ese instante, con la presencia de Dios, el monte quedó envuelto en tinieblas, rodeado de oscuras y densas nubes, y Moisés quedó inmóvil, sin saber ni poder razonar nada. Después de siete días, Dios le ordenó subir a la cima del monte, donde se le reveló en gloria y le llenó de un gran consuelo.

11. Cuando Dios desea, de modo extraordinario, conducir al alma a la escuela de las divinas y amorosas lecciones de la ley interior, la hace avanzar entre tinieblas y sequedades para acercarla más a Él. La divina Majestad sabe muy bien que, para acercarse y comprender sus enseñanzas, no es el propio esfuerzo y razonamiento lo que vale, sino la resignación en silencio.

12. Qué gran ejemplo nos dio el patriarca Noé. Después de ser tomado por loco y encontrarse en medio de un mar embravecido que inundaba el mundo, sin velas ni remos y rodeado de feroces animales dentro del arca cerrada, avanzó únicamente por la fe, sin saber ni entender lo que Dios quería hacer con él.

13. Lo más importante para ti, alma redimida, es la paciencia y no abandonar la práctica de la oración, aunque no puedas razonar; camina con firme fe y santo silencio, muriendo a ti misma y a todas tus capacidades naturales, confiando en que Dios es quien es y no cambia, ni puede errar ni querer otra cosa que tu bien. Está claro que, quien ha de morir, necesariamente lo sentirá; pero, ¡qué bien empleado es el tiempo en que el alma está muerta al ego, callada y resignada en la presencia divina, para recibir sin estorbos las influencias divinas!

14. Los sentidos no son capaces de percibir los bienes divinos; así que, si quieres ser feliz y sabia, calla y cree, sufre y ten paciencia, confía y sigue adelante; es más valioso para ti el silencio y dejarte guiar por la mano divina que todos los bienes del mundo. Y aunque te parezca que no haces nada y que estás ociosa, mientras permaneces así, callada y resignada, el fruto es inmenso.

15. Observa al burro con los ojos vendados dando vueltas en el molino; aunque no vea ni entienda lo que hace, realiza mucho al moler el grano, y aunque él no lo pruebe, su dueño disfruta del fruto y el sabor. ¿Quién no pensaría que, durante el tiempo en que la semilla está bajo tierra, ya está perdida? Y luego, al fin, se la ve brotar, crecer y multiplicarse. Lo mismo hace Dios en el alma cuando le quita la consideración y el discurso; creyendo ella que no hace nada y que está perdida, con el tiempo se encuentra fortalecida, desapegada y perfeccionada, sin haber jamás esperado tan gran dicha.

16. Esfuérzate, entonces, por no afligirte ni retroceder cuando no puedas razonar en la oración; sufre, calla y colócate en la divina presencia. Persevera con confianza y confía en su infinita bondad, que te ha de conceder una fe constante, la verdadera luz y la gracia divina. Camina a ciegas y con los ojos vendados, sin pensar ni razonar; entrégate a sus manos amorosas y paternales, sin desear otra cosa que su divino beneplácito.¹

¹ Comentario al Capítulo II del Libro Primero

En este breve capítulo, Molinos articula una de las intuiciones fundamentales de su enseñanza: que el alma solo puede encontrar la verdadera paz y unión con Dios cuando se vuelve hacia su interior y aprende a desprenderse de sus propios pensamientos y afectos, incluso de aquellos que parecen espirituales.

Aquí encontramos una advertencia sutil pero radical: la actividad mental excesiva —aunque esté dirigida a lo divino— puede convertirse en un obstáculo. En lugar de conducir al alma hacia Dios, la mantiene atrapada en sus propios movimientos, como un pájaro que, anhelando volar hacia el cielo, no cesa de aletear dentro de una jaula. Molinos propone una quietud que no es inactividad, sino una disposición receptiva. El alma no abandona a Dios cuando deja de razonar sobre Él; por

el contrario, comienza a encontrarlo de manera más directa y pura, sin la mediación del intelecto.

Esto presupone una confianza profunda en la acción interior del Espíritu. Es una entrega a un movimiento que no se origina en el yo, sino que se acoge en el silencio. El alma se asemeja a un espejo que, para reflejar con claridad, debe permanecer inmóvil. Si se agita con pensamientos, deseos o incluso con un fervor mal entendido, la imagen de Dios se distorsiona. El recogimiento interior, entonces, no es una técnica, sino una forma de humildad: el reconocimiento de que el alma no es autora de la unión, sino huésped de ella.

El capítulo sugiere también una forma de fe que renuncia a la necesidad de «sentir» o «entender» la presencia divina. En este sentido, Molinos anticipa una teología del abandono, en la que la oscuridad no es ausencia de Dios, sino precisamente el modo en que Él se hace presente más allá de toda representación. Esta «ignorancia luminosa», como la llamó otro místico, no es una carencia, sino una plenitud inefable.

Debajo de estas palabras late una pedagogía del desapego. Molinos no desprecia la oración discursiva, pero muestra que, cuando el alma es llamada a otro tipo de experiencia, aferrarse a las prácticas anteriores supone una resistencia a la gracia. Existe una madurez espiritual que no se mide por el conocimiento o el sentimiento, sino por la capacidad de soltar, incluso aquello que antes fue útil y bendecido.

Santa Teresa de Jesús comparte esta perspectiva cuando, en el Libro de su Vida, lamenta cuánto pueden sufrir las almas que, habiendo sido llamadas a profundas experiencias de oración, caen bajo la guía de confesores que no han recorrido ese camino. Ella misma afirma que un confesor inexperto puede entorpecer gravemente el progreso del alma, pues tiende a desconfiar de lo que no comprende o nunca ha vivido. Para Teresa, el daño no reside solo en malinterpretar lo que sucede en el alma, sino en sembrar dudas y temores que la paralizan. Por eso insistía en que quienes reciben gracias místicas deben buscar directores espirituales que no solo sean doctos, sino que hayan conocido, al menos en parte, el camino de la contemplación.

Así, tanto Molinos como Teresa comprenden que la experiencia espiritual no puede ser guiada por criterios puramente externos o racionales. Lo que se necesita es una resonancia interior, una delicadeza que no proviene del estudio, sino de haber atravesado uno mismo el desierto. Ambos autores, cada uno con su estilo, afirman que el alma no necesita ser empujada, sino acompañada; y que dicho acompañamiento solo da fruto cuando surge de un silencio compartido con Dios.

Este capítulo, con su tono suave pero firme, nos recuerda que la verdadera libertad interior comienza cuando dejamos de ser los dueños de nuestro camino espiritual y nos abrimos incondicionalmente al misterio. No se trata de hacer más, sino de ser menos, para que Dios sea más en nosotros.